

Stefan Zweig
Ardiente secreto

TRADUCCIÓN DE BERTA VIAS MAHOU



de



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

«Se encontraba en esa edad decisiva en la que una mujer empieza a lamentar el hecho de haberse mantenido fiel a un marido al que al fin y al cabo nunca ha querido, y en la que el purpúreo crepúsculo de su belleza le concede una última y apremiante elección entre lo maternal y lo femenino. La vida, a la que hace tiempo parece que se le han dado ya todas las respuestas, se convierte una vez más en pregunta, por última vez tiembla la mágica aguja del deseo, oscilando entre la esperanza de una experiencia erótica y la resignación definitiva. Una mujer tiene entonces que decidir entre vivir su propio destino o el de sus hijos, entre comportarse como una mujer o como una madre. Y el barón, perspicaz en esas cuestiones, creyó notar en ella aquella peligrosa vacilación entre la pasión de vivir y el sacrificio».

L  LIBROS

Stefan Zweig

Ardiente secreto

EL PARTENAIRE

La locomotora emitió un grito ronco. Había alcanzado el Semmering. Durante un minuto los negros vagones descansaron en la luz plateada de las alturas, arrojaron unas cuantas personas, se tragarón otras, unas voces enojadas cruzaron de un lado a otro, después la máquina enronquecida volvió a gritar allí delante y, traqueteando, arrastró la oscura cadena hacia abajo, en dirección a la entrada del túnel. Nítido, extenso y con fondos claros, barridos por el viento húmedo, volvió a aparecer el paisaje.

Uno de los recién llegados, un joven que inspiraba simpatía por lo correcto de su indumentaria y la elasticidad natural de sus andares, se adelantó a los demás para tomar un coche de punto que le llevara hasta el hotel. Sin prisa, los caballos trotaron por el camino en cuesta. La primavera se dejaba sentir en el aire. En el cielo revoloteaban esas nubes blancas, revoltosas, que sólo se dan en los meses de mayo y junio, esos compinches blancos, aún jóvenes y revolantes, que, juguetones, corren por la pista azul, para en un instante ocultarse tras las altas montañas; que se abrazan y huyen, que tan pronto se arrugan como si fueran pañuelos de bolsillo, tan pronto se deshilachan formando tiras y por fin, bromeando, le ponen a las montañas boinas de color blanco. También allá arriba el viento se mostraba intranquilo y sacudía los descarnados árboles, húmedos aún por la lluvia, con tanta fuerza que sus articulaciones crujían suavemente, lanzando lejos de sí miles de gotas que centelleaban como si fueran chispas. De cuando en cuando parecía que una fresca fragancia a nieve bajaba de las montañas. Entonces, al respirar, se percibía algo dulce y al mismo tiempo cortante. Todo en el aire y en la tierra era movimiento y efervescente impaciencia. Silenciosos, los caballos corrieron resoplando por el camino que ahora discurría cuesta abajo. Los cascabeles resonaban muy por delante de ellos.

En el hotel lo primero que hizo el joven caballero fue consultar la lista de los huéspedes, que leyó a toda prisa, sintiéndose de inmediato decepcionado. « En realidad, ¿para qué he venido aquí? », empezó a preguntarse, intranquilo. « Estar aquí solo en las montañas, sin compañía, es peor que quedarse en el despacho. Es evidente que he llegado demasiado pronto o demasiado tarde. Nunca tengo suerte con mis vacaciones. No encuentro un solo nombre conocido entre todas estas gentes. Si al menos hubiera alguna mujer, alguien con quien mantener un pequeño coqueteo, aunque sea sin consecuencias, algo para poder pasar esta

semana sin desesperarme del todo.» El joven, un barón perteneciente a la no muy prestigiosa nobleza del funcionariado austriaco, empleado en la administración, se había tomado aquel pequeño permiso sin mucha necesidad, en realidad únicamente porque todos sus colegas habían obtenido una semana de vacaciones en primavera y él no quería regalarle la suya al ministerio. Aunque no desprovisto de aptitudes para la vida interior, consciente de su incapacidad para la soledad, poseía un carácter enteramente mundano, y como tal era apreciado y bien visto en todos los círculos. No sentía ninguna inclinación a enfrentarse solo consigo mismo y en lo posible evitaba esos encuentros, porque en absoluto deseaba un conocimiento más íntimo de su propia persona. Sabía que necesitaba el roce con las personas para que todo su talento, el calor y la alegría desbordante de su corazón cobraran vida, y que a solas se sentía frío e inútil, como una cerilla metida en la caja.

Contrariado, deambuló por el vestíbulo vacío e, indeciso, tan pronto hojeaba los periódicos como tocaba un vals al piano en la sala de música, aunque sin conseguir que de sus dedos brotara el ritmo. Al fin, disgustado, se sentó y miró hacia fuera, contemplando cómo lentamente iban cayendo la noche y la niebla que, como un vapor grisáceo, surgía de entre los abetos. Así, sin hacer nada, nervioso, desmigajó una hora. Después se refugió en el comedor.

Allí de momento no había más que un par de mesas ocupadas, que recorrió de una rápida ojeada. ¡En vano! No había ningún conocido. Sólo allí —e indolente, devolvió el saludo—, un entrenador, y más allá, un rostro que le resultaba familiar, de la Ringstrasse. Por lo demás, nada. Ninguna mujer, nada que prometiera una aventura, aunque fuera fugaz. Su fastidio fue en aumento. Era uno de esos hombres jóvenes a los que su hermoso rostro les ha favorecido mucho y en los que todo está constantemente dispuesto para un nuevo encuentro, para una nueva experiencia, uno de esos jóvenes que siempre se hallan en tensión, para lanzarse a lo desconocido de una nueva aventura, a los que nada les sorprende, porque, estando siempre al acecho, lo calculan todo, a los que no se les escapa ninguna oportunidad erótica, porque ya al primer vistazo captan a cada mujer desde el punto de vista sensual, tanteando y sin distinguir si se trata de la esposa de su amigo o de la criada que les abre la puerta que conduce hasta ella. Cuando uno con cierto desdén califica a estos hombres de «cazadores de mujeres», lo hace sin saber cuánta verdad, cuánta capacidad de observación ha quedado plasmada en el término, pues, en efecto, todos los instintos apasionados de la caza, el rastreo, la excitación y la crueldad moral vibran en la vigilancia infatigable de semejantes individuos. Están permanentemente a la espera, siempre preparados y decididos a seguir una aventura hasta el borde del abismo. Siempre cargados de pasión, aunque no se trata de la del enamorado, sino de la del jugador, frío, calculador y peligroso. Entre ellos los hay perseverantes, a los que más allá de la juventud, y gracias a esa expectación, la vida entera se les

convierte en una incesante aventura, a los que un único día se les descompone en cientos de pequeñas experiencias sensoriales: una mirada al pasar, una sonrisa fugaz, el roce de una rodilla cuando se sientan frente a alguien. Para ellos, la experiencia sensorial es una fuente que fluye eternamente, alimentando y estimulando su vida.

Aquí no había con quien iniciar un juego. Eso lo vio de inmediato. Y ninguna irritación resulta más enojosa que la del jugador que, con las cartas en la mano, convencido de su superioridad, se encuentra sentado frente al tapete verde y espera en vano un partenaire. El barón pidió un periódico. De mal humor, recorrió las líneas por encima, pero sus pensamientos eran torpes y, como si estuvieran ebrios, tropezaban siguiendo las palabras.

Entonces oyó, detrás de él, el murmullo de un vestido y una voz que, ligeramente enojada y en un tono afectado, decía:

—*Mais tais-toi done, Edgar!*

Junto a su mesa un vestido de seda crujió. Alta y exuberante una figura pasó junto a él, ensombreciéndole, y tras ella, con un traje de terciopelo negro, un muchacho pequeño, pálido, que le rozó con una mirada de curiosidad. Ambos se sentaron frente a él, en una mesa reservada. El niño ostensiblemente preocupado por comportarse con una corrección que parecía contradecir la oscura inquietud que se leía en sus ojos. La dama —y el barón sólo se había fijado en ella— tenía un aspecto muy cuidado y vestía con visible elegancia, además de que era de una clase de mujer que a él le gustaba mucho, una de esas judías un tanto voluptuosas, rayando en la edad madura, evidentemente también apasionadas, pero con la suficiente experiencia como para saber ocultar su temperamento tras un aire de distinguida melancolía. Al principio no se atrevió a mirarla a los ojos y se limitó a admirar la línea de sus cejas bellamente arqueada sobre una delicada nariz que, aunque no desmentía su raza, daba al perfil un noble contorno, que lo hacía parecer enérgico e interesante. Los cabellos, como todo lo que de femenino había en aquel cuerpo pleno, eran de una sorprendente exuberancia. Su belleza parecía haberse vuelto satisfecha y arrogante, en el íntimo convencimiento de la mucha admiración que despertaba. Encargó la cena en voz muy baja, reprendió al muchacho, que hizo ruido jugando con el tenedor, todo ello con aparente indiferencia frente a la mirada, cautelosa y furtiva, del barón, que ella no pareció notar, cuando en realidad tan sólo era lo intenso de su atención lo que la llevaba a mostrar aquella actitud tan comedida.

La oscuridad en el rostro del barón se había aclarado de pronto. Secretamente vivificados, los nervios se desbocaron, las arrugas se estiraron, los músculos se soltaron, de modo que su figura se esponjó y sus ojos llamaron. No era muy distinto a esas mujeres que sólo necesitan la presencia de un hombre para sacar de sí mismas todo su poder. Tan sólo un estímulo sensorial tensaba su energía hasta alcanzar toda su fuerza. El cazador que había en él olfateó que allí había una

presa. Desafiante, sus ojos buscaron encontrarse con la mirada de ella, que de vez en cuando se cruzaba con él en la resplandeciente ambigüedad de la mirada de refilón, pero que en ningún momento le brindó una clara respuesta. También le pareció que en torno a la boca se percibía de cuando en cuando algo que se podía interpretar como el inicio de una sonrisa, pero todo aquello era incierto, y precisamente esa incertidumbre le excitó. Lo único que le pareció prometedor era aquel constante mirar de soslayo, porque denotaba resistencia y al mismo tiempo timidez, y luego aquella manera tan solícita de conversar con el niño, sin duda alguna adoptada frente al espectador. Precisamente lo contenido de aquella calma revelaba, así lo sintió él, una primera inquietud. También él estaba excitado: había empezado el juego. Demoró la cena, manteniendo la mirada fija en aquella mujer durante media hora, casi sin interrupción, hasta que memorizó cada línea de su rostro, hasta que hubo tocado invisiblemente cada una de las partes de aquel voluptuoso cuerpo. Afuera cayó la noche, abrumadora. Los bosques gemían con un temor infantil, como si las grandes nubes cargadas de lluvia estiraran hacia ellos sus manos grises. Cada vez más tétricas, las sombras se colaron en el comedor. Y cada vez mayor la sensación de que las personas estaban allí comprimidas por el silencio. Bajo la amenaza de aquel silencio, la conversación entre madre e hijo, así lo percibió el barón, se volvió cada vez más forzada, más artificial, y pronto, se dio cuenta, se acabaría. Entonces decidió hacer una prueba. Fue el primero en ponerse en pie, avanzó lentamente, dirigiendo hacia el paisaje una larga mirada que la rozó de paso a ella. Al llegar a la puerta, volvió rápidamente la cabeza, como si hubiera olvidado algo, y la sorprendió siguiéndole con los ojos, unos ojos llenos de vida.

Eso le excitó. Esperó en el vestíbulo. Ella no tardó en aparecer, con el chico de la mano, hojeó al pasar algunas revistas y mostró al niño un par de ilustraciones. Pero cuando el barón, como por casualidad, se acercó a la mesa, al parecer para buscar también una revista —en realidad para penetrar aún más en el húmedo brillo de sus ojos, tal vez incluso para iniciar una conversación—, ella se apartó, golpeando suavemente a su hijo en un hombro:

—*Viens, Edgar. Au lit!* —dijo, y, al pasar, un aire frío rozó al barón.

Un tanto desengañado, la siguió con la vista. Había contado con iniciar una relación aquella misma noche, y esa brusca manera de irse le decepcionó. Aunque en definitiva aquella resistencia resultaba estimulante, y precisamente esa inseguridad atizó su deseo. Con todo, había encontrado a su partenaire. El juego podía empezar.

PRONTA AMISTAD

Cuando a la mañana siguiente el barón puso el pie en el vestíbulo, vio al hijo de la bella desconocida en animada conversación con los dos muchachos del ascensor, a los que mostraba las ilustraciones de un libro de Karl May. Su mamá no estaba presente. Sin duda estaría arreglándose. Sólo entonces el barón se fijó en el chico. Era un muchacho tímido, nervioso, aún sin desarrollar, de unos doce años, de movimientos bruscos y ojos oscuros que no dejaban de vagar de un lado a otro. Daba la impresión, tan frecuente en los niños de esa edad, de estar asustado, como si acabaran de arrancarle del sueño y de pronto le hubieran puesto entre personas desconocidas. Su rostro no dejaba de ser hermoso, aunque todavía del todo indefinido. La lucha entre lo masculino y lo infantil parecía que acababa de entablarse, aunque en él todo estuviera como amasado y no formado definitivamente, nada expresado en líneas puras, sino mezclado de una manera indefinida, desordenada. Además se encontraba justo en esa desventajosa edad en la que a los niños nunca les queda bien la ropa, en la que las mangas y los pantalones les vienen anchos y les cuelgan en torno a las descarnadas articulaciones, y en la que la vanidad aún no les apremia a cuidar de su aspecto.

El muchacho, errando indeciso de aquí para allá, causaba un efecto bastante penoso. En el fondo era un estorbo para todo el mundo. Tan pronto le apartaba a un lado el portero, al que parecía atosigar con todo tipo de preguntas, como molestaba a los que entraban. Era evidente que necesitaba entablar una relación de amistad. Así, en su infantil necesidad de parloteo, abordaba a los empleados del hotel, que, cuando disponían de bastante tiempo, le contestaban, pero que interrumpían la conversación en cuanto aparecía algún adulto o en el momento en que había algo razonable que hacer. El barón, sonriente, observó con interés al pobre muchacho, que todo lo miraba con curiosidad y al que todos esquivaban descortesemente. En una ocasión captó una de aquellas miradas indiscretas, pero los oscuros ojos del chico en seguida volvieron a replegarse miedosos, tan pronto como él los sorprendió en su investigación, y se encogieron bajo los párpados caídos. Esto divirtió al barón. El muchacho empezó a interesarle y se preguntó si aquel niño, que por lo visto tan sólo era así de huraño por culpa de la timidez, no podría servirle como el más rápido intermediario para lograr una aproximación. En cualquier caso, lo intentaría. Sin llamar la atención, siguió al chico, que en aquel momento volvió a caminar lentamente hacia la puerta y que, en su peculiar

necesidad de cariño, acarició el hocico rosáceo de un caballo blanco, hasta que —realmente tenía mala suerte— también el cochero le echó de allí de un modo bastante desabrido. Humillado y harto se puso de nuevo a deambular por los alrededores con su mirada vacía y un poco triste. Entonces el barón le dirigió la palabra.

—¿Qué, jovencito?, ¿te gusta esto? —dijo de pronto, cuidando de que el tono fuera lo más jovial posible.

El niño se puso de un rojo encendido y, temeroso, levantó la vista. Escondió la mano como si tuviera miedo, y se giró ligeramente a un lado y a otro, confuso. Era la primera vez que un caballero desconocido entablaba conversación con él.

—Gracias, mucho —fue lo que alcanzó a balbucir. La última palabra, más que dicha, pareció ahogada.

—Me extraña —dijo el barón, riendo—. Es un lugar de lo más soso, especialmente para un joven como tú. ¿Qué haces durante todo el día?

El chico aún estaba demasiado confuso como para contestar rápidamente. ¿De verdad era posible que aquel desconocido y elegante caballero buscara hablar con él, al que nadie más hacía caso? La idea le intimidó y al mismo tiempo le llenó de orgullo. Hizo un esfuerzo.

—Leo. Y salimos mucho a pasear. A veces también con el coche, mamá y yo. Tengo que recuperarme, he estado enfermo. Por eso también tengo que sentarme mucho al sol. Lo ha dicho el médico.

Las últimas palabras las pronunció ya casi con seguridad. Los niños siempre se muestran orgullosos de padecer una enfermedad, porque saben que el peligro los hace parecer mucho más importantes a los ojos de sus parientes.

—Sí, el sol es bueno para los jovencitos como tú. Te pondrás moreno. Pero no deberías estar todo el día aquí sentado. Un chico como tú debería correr por ahí, ser descarado y hasta cometer alguna trastada. Me da la sensación de que eres demasiado formal. Y con ese libro grande y grueso bajo el brazo pareces un empollón. Cuando pienso que yo a tu edad era un granuja, que cada noche volvía a casa con los pantalones desgarrados. No deberías ser tan formal.

Sin querer, el niño no tuvo más remedio que sonreír y eso le quitó el miedo. Le hubiera gustado contestar algo, pero todo le parecía demasiado atrevido, demasiado presuntuoso frente a aquel amable desconocido que le hablaba de un modo tan simpático. Nunca había sido indiscreto, sino más bien un poco tímido, y ahora era tanta su alegría y su vergüenza que se sintió de lo más confuso. Le hubiera gustado proseguir la conversación, pero no se le ocurría nada. Por suerte en aquel momento se acercó hacia ellos el gran san bernardo amarillento del hotel, que les husmeó a los dos y se dejó acariciar de buena gana.

—¿Te gustan los perros? —preguntó el barón.

—¡Oh, sí! Mucho. Mi abuela tiene uno en su villa de Badén. Y cuando estamos allí, se pasa todo el día conmigo. Pero eso sólo es en verano, cuando

vamos allí de visita.

—Nosotros en casa, en nuestra propiedad, tenemos creo que dos docenas. Si te portas bien, te regalaré uno. Uno marrón con las orejas blancas, un cachorro. ¿Quieres?

El niño enrojeció de contento.

—¡Oh, sí!

Le salió tal cual, vehemente, ávido. Pero en seguida, temeroso y como asustado, la duda se abrió paso a tropicones.

—Pero mamá no me va a dejar. Dice que no soporta tener un perro en casa. Que causan demasiadas molestias.

El barón sonrió. La conversación al fin recaía sobre la madre.

—¿Es tu mamá tan estricta?

El niño reflexionó, por un segundo levantó la mirada hacia él, como preguntándose si podía confiar ya en aquel desconocido. La respuesta fue prudente.

—No, mamá no es estricta. Ahora, como he estado enfermo, me lo consiente todo. Tal vez incluso me deje tener un perro.

¿Y si se lo pido yo?

—¡Sí, por favor, hágalo! —exclamó el chiquillo, dando gritos de alegría—. Entonces seguro que me deja. ¿Y cómo es? Tiene las orejas blancas, ¿no es cierto? ¿Sabe cobrar presas?

—Sí, hace de todo.

El barón no pudo evitar sonreír al ver las ardientes chispas que tan rápidamente había hecho brotar en los ojos del niño. De golpe había desaparecido la inhibición del principio, y la pasión, contenida por el miedo, rebosaba. En una transformación rápida como el rayo, el niño de antes, huraño y retraído, se había convertido en un muchacho desenvuelto. « Si la madre también fuera así », pensó el barón sin querer. « Tan ardiente tras su miedo. » Pero ya el chico le abordaba con veinte preguntas.

—¿Cómo se llama el perro?

—Karo.

—¡Karo! —exclamó el niño.

De alguna manera no podía evitar reírse y gritar de júbilo con cada palabra, completamente ebrio por el acontecimiento inesperado de que alguien le hubiera acogido con cariño. El barón mismo se sorprendió de su rápido éxito y decidió forjar el hierro todavía candente. Invitó al muchacho a acompañarle un trecho durante su paseo, y el pobre chico, que desde hacía semanas se moría de ganas de disfrutar de una compañía amistosa, se entusiasmó con aquella propuesta. Atolondrado, soltaba todo aquello que su nuevo amigo le sonsacaba con pequeñas preguntas, hechas como por casualidad. Pronto el barón lo supo todo acerca de la familia, en especial que Edgar era el único hijo de un abogado de Viena, al

parecer perteneciente de la acaudalada burguesía judía. Y con hábiles rodeos averiguó en seguida que la madre no se había mostrado lo que se dice entusiasmada con la estancia en el Semmering y que se había quejado de la falta de compañía agradable. Si, incluso, por la manera evasiva en la que Edgar contestó a la pregunta de si mamá quería mucho a papá, creyó que se podía concluir que en esa cuestión las cosas no iban del todo bien. Casi se avergonzó de lo fácil que le estaba resultando arrancar al cándido muchacho todos aquellos pequeños secretos de familia, pues Edgar, muy orgulloso de que un adulto se interesara por algo de lo que él pudiera contar, endosó toda su confianza a su nuevo amigo. Su corazón de niño palpitaba con orgullo —el barón, mientras paseaban, le había pasado el brazo por encima de los hombros— ante la idea de que le vieran en tal intimidad con una persona mayor, con lo que poco a poco se olvidó de su propia niñez, parlotó libremente y sin contención, como si lo hiciera con alguien de su edad. Edgar, como demostraba su conversación, era muy inteligente y algo precoz, como la mayoría de los niños enfermizos que pasan mucho tiempo con los adultos, y de un apasionamiento extraordinariamente exaltado en sus afectos o antipatías. No parecía tener una relación tranquila con nada. De cada persona o de cada cosa hablaba con arrobamiento o con un odio tan intenso que su rostro se deformaba de una manera desagradable o se volvía casi malvado y feo. Algo salvaje y brusco, tal vez provocado aún por la enfermedad que acababa de vencer, daba a su conversación un fervor fanático, y parecía que su torpeza no era más que producto del miedo, un miedo reprimido con esfuerzo frente a su propia pasión.

El barón se ganó su confianza con facilidad. Apenas había transcurrido media hora y ya tenía en su mano aquel corazón apasionado, que palpitaba con impaciencia. Es tan increíblemente fácil engañar a los niños, esas criaturas sin malicia, cuyo amor tan rara vez se esfuerza uno por obtener. No tuvo más que perderse en el pasado y la conversación infantil le resultó tan natural, tan espontánea, que también el chico se sintió como uno de los suyos y en pocos minutos olvidó cualquier sensación de distancia. Tan sólo se sentía feliz por la suerte de haber encontrado de pronto un amigo en aquel lugar solitario. ¡Y qué amigo! Se había olvidado por completo de todos los que tenía en Viena, aquellos chicos pequeños, con sus voces débiles, su charla inexperta. Sus figuras habían sido borradas por ese nuevo instante. Toda su exaltada pasión se centraba ahora en el nuevo amigo, en aquel gran amigo, y el corazón se le ensanchó de orgullo cuando, como despedida, volvió a invitarle a que le acompañara también al día siguiente por la mañana, y también cuando su nuevo amigo le hizo señas con la mano desde lejos, como si fuera su hermano. Ese momento tal vez fuera el más hermoso de su vida. Es tan fácil engañar a los niños... El barón sonrió al niño, que se alejó de allí corriendo. Ya se había ganado al intermediario. El chiquillo ahora, estaba seguro, atormentaría a su madre hasta agotarla con sus historias,

repetiendo cada una de las palabras. Y entonces se regodeó recordando con qué habilidad había intercalado algunos cumplidos dedicados a ella, cómo en todo momento no había hablado más que de la «hermosa mamá» de Edgar. Daba por sentado que el expansivo muchacho no pararía hasta presentarlos. No necesitaba mover ni un solo dedo para acortar la distancia entre la bella desconocida y él. Podía soñar tranquilamente y contemplar el paisaje, pues sabía que un par de fervorosas manos infantiles le estaban construyendo el puente para llegar hasta su corazón.

TERCETO

El plan, como se demostró una hora más tarde, era excelente, perfecto hasta en el último detalle. Cuando el joven barón, que intencionadamente se retrasó un poco, entró en el comedor, Edgar se levantó del sillón dando un brinco y, solícito, le saludó con una sonrisa de felicidad y le hizo señas. Al mismo tiempo tiró a su madre de la manga e, impetuoso y excitado, se puso a hablarle, señalando con llamativos gestos hacia el barón. Ella, azorada, reprendió aquel comportamiento demasiado impulsivo y enrojeció, aunque no pudo evitar levantar por una vez la mirada hacia allí, para dar gusto al chiquillo, lo que el barón en seguida aprovechó para inclinarse dedicándole así un respetuoso saludo. La presentación era un hecho. Ella se vio obligada a dar las gracias, aunque desde ese momento inclinó el rostro aún más sobre el plato y durante toda la cena evitó cuidadosamente volver a levantar la mirada. No así Edgar, que le miró de continuo y en una ocasión incluso trató de dirigirle la palabra, una conducta impropia que su madre en seguida censuró con decisión. Después de la cena se le indicó que debía irse a dormir, y entre su madre y él se inició un prolijo cuchicheo, cuyo resultado final consistió en que le fue concedida su vehemente petición de acercarse a la otra mesa y saludar a su amigo. El barón le dirigió unas cordiales palabras, que de nuevo hicieron que los ojos del niño vibraran, y charló con él durante un par de minutos. Sin embargo, de pronto, con un hábil giro, se dio la vuelta, de pie, hacia la otra mesa, felicitó a su vecina, algo confusa, por aquel hijo tan inteligente y despierto, ponderó la mañana, durante la cual tanto había disfrutado en su excelente compañía —Edgar estaba allí, rojo de alegría y de orgullo—, y al final se interesó por su salud, con tanto detalle y formulando tantas preguntas concretas que la madre se vio obligada a contestar. Y así acabaron entablando una conversación más larga, que el muchacho escuchó atentamente, feliz y con una especie de veneración. El barón se presentó y le pareció que su sonoro apellido causaba bastante impresión en la vanidad de la dama. En cualquier caso, ella lo trató con una cortesía extraordinaria, aunque sin comprometerse a nada, e incluso se despidió temprano, por el chiquillo, como agregó disculpándose.

El niño protestó con energía, diciendo que no tenía sueño y que estaba dispuesto a quedarse levantado toda la noche. Pero su madre y ya había tendido la mano al barón, que él besó respetuoso.

Esa noche Edgar durmió mal. En él se confundían la dicha y una desesperación infantil. Y es que hoy había ocurrido algo nuevo en su vida. Por primera vez había intervenido en los destinos de las personas mayores. Ya medio en sueños, olvidó su propia niñez e imaginó que de golpe se había hecho mayor. Hasta entonces, educado en la soledad y a menudo enfermo, había tenido pocos amigos. Para atender su enorme necesidad de cariño no había tenido a nadie más que a sus padres, que se ocupaban poco de él, y al personal de servicio. Y el poder de un amor siempre se medirá de manera equivocada, si sólo se valora en función de lo que lo ha provocado y no por la expectación que lo precede, ese espacio oscuro y hueco de desengaño y soledad que se abre ante todos los grandes acontecimientos del corazón. Un sentimiento imponderable, nunca explotado, se había mantenido aquí a la espera y ahora se precipitaba con los brazos abiertos sobre la primera persona que parecía merecerlo. Edgar yacía en la oscuridad, feliz, desconcertado, quería reír y no podía evitar el llanto, porque amaba a aquel hombre como nunca había querido a un amigo, ni a su padre ni a su madre, ni siquiera a Dios. Toda la pasión inmadura de sus pocos años estrechaba la imagen de aquel hombre, cuyo nombre hacía apenas unas horas que conocía.

Pero era lo bastante inteligente como para no sentirse agobiado por lo imprevisto y singular de aquella nueva amistad. Lo que le perturbaba tanto era la sensación de su propia inanidad, su insignificancia. «¿Acaso soy digno de él, yo, un niño de doce años, que aún no ha terminado la escuela, al que por las noches le mandan a la cama mucho antes de que lo hagan todos los demás?», se atormentaba pensando. «¿Qué puedo ser yo para él? ¿Qué puedo ofrecerle?» Precisamente, aquella mortificante impotencia a la hora de demostrar de alguna manera sus sentimientos le hacía sentirse infeliz. Hasta entonces, cuando había tenido un compañero al que apreciaba, lo primero que había hecho era compartir con él algunos de los pequeños objetos de valor que guardaba en su pupitre, sellos y piedras, la infantil propiedad de la niñez, pero ahora todas aquellas cosas, todavía ayer de gran importancia y extraño atractivo, le parecían de golpe devaluadas, ridículas y despreciables. Pues, ¿cómo podía él ofrecer semejantes cosas a aquel nuevo amigo, al que ni siquiera se atrevía a tutear? ¿Dónde encontraría un camino, una posibilidad, para revelarle sus sentimientos? Sentía de un modo cada vez más acuciante el tormento que suponía ser pequeño, algo hecho a medias, inmaduro, una criatura de doce años. Y nunca hasta entonces había maldecido con tal ímpetu el hecho ser un niño, nunca había ansiado tan sinceramente despertarse siendo otro, tal y como se soñaba a sí mismo: grande y fuerte, un hombre, un adulto como los demás.

Con aquellos agitados pensamientos se entrelazaron rápidamente los primeros sueños en color del nuevo mundo en el que ingresaba sintiéndose un hombre. Edgar al fin se durmió con una sonrisa, pero el recuerdo de la cita que tenía por

la mañana minó su sueño. Ya a las siete se despertó sobresaltado, por temor a llegar tarde. Presuroso, se vistió, saludó entrando en su habitación a la sorprendida madre, que por lo general sólo conseguía sacarle de la cama con esfuerzo, y se precipitó escaleras abajo antes de que ella pudiera preguntarle nada. Hasta las nueve anduvo dando vueltas impaciente, se olvidó del desayuno, preocupado con la única idea de no hacer esperar a su compañero de paseo.

A las nueve y media apareció por fin el barón, despreocupado y caminando despacio. Naturalmente, hacía tiempo que había olvidado la cita, pero ahora, cuando ansioso el muchacho corrió hacia él, no tuvo más remedio que sonreír ante tanto ardor y se mostró dispuesto a mantener su promesa. De nuevo tomó al chico del brazo, y con él, al que se veía radiante, caminó de un lado a otro, si bien con suavidad, aunque de modo firme, declinó dar el común paseo en aquel momento. Parecía estar esperando algo, al menos eso indicaban sus nerviosas miradas en dirección a la puerta. De pronto se irguió. La madre de Edgar acababa de entrar y, devolviendo el saludo, se acercó hacia ellos. Les dedicó una sonrisa de aprobación cuando se enteró de que pensaban dar un paseo, algo que Edgar le había ocultado por considerarlo demasiado valioso, aunque rápidamente se dejó convencer cuando el barón la invitó a acompañarles. Edgar se puso en seguida de mal humor y se mordió los labios. ¡Qué fastidio que su madre hubiera salido en aquel preciso momento! Aquel paseo tenía que ser sólo para él. Si le había presentado al amigo, había sido únicamente una deferencia por su parte, pero no por eso quería compartirlo. En él despertó algo parecido a los celos en cuanto percibió la amabilidad que el barón mostraba hacia su madre.

Entonces se fueron los tres de paseo, y la peligrosa sensación de su importancia y de su repentina trascendencia fue alimentada aún más en el niño por el sorprendente interés que los dos le brindaron. Edgar fue casi exclusivamente el tema de la conversación, durante la cual su madre se pronunció con algo de fingida preocupación sobre su palidez y nerviosismo, mientras que el barón volvió a desmentirlo sonriente y se explayó alabando el simpático carácter de su «amigo», tal y como le llamaba. Era el momento más hermoso en la vida de Edgar. Tenía derechos que en todo el transcurso de su infancia no le habían sido concedidos. Podía intervenir en la conversación, sin que de inmediato le mandaran callar, incluso podía expresar en voz alta todo tipo de deseos, algo que hasta entonces le habrían tomado a mal. Y no es de extrañar que en su interior creciera, petulante, la engañosa sensación de que ya era un adulto. La infancia, con sus sueños luminosos, yacía tras él, como un vestido que se nos ha quedado pequeño y que arrojamos a un lado.

Al mediodía, siguiendo la invitación de la madre de Edgar, que se mostraba cada vez más amable, el barón se unió a su mesa. Del *vis á vis* habían pasado a sentarse juntos. De conocidos, a ser amigos. El terceto se puso en marcha, y las tres voces, la de la mujer, la del hombre y la del niño, sonaron de una manera

armónica.

EMBESTIDA

Entonces, al impaciente cazador le pareció que había llegado el momento de acercarse con sigilo a la presa. Lo familiar, el hecho de cantar a tres voces en un asunto como aquél, le desagradaba. Estaba muy bien charlar los tres de aquel modo, pero en el fondo su intención era otra. Y sabía que lo social, con el juego que enmascara su avidez, siempre retarda lo erótico entre el hombre y la mujer, quitando a las palabras el ardor, y el ímpetu a la acometida. Ella no debía olvidar cuál era su verdadero propósito, más allá de la conversación, propósito del que — estaba seguro— ya era plenamente consciente.

Tenía muchos motivos para creer que sus esfuerzos para conquistar a aquella mujer no serían en vano. Se encontraba en esa edad decisiva en la que una mujer empieza a lamentar el hecho de haberse mantenido fiel a un marido al que al fin y al cabo nunca ha querido, y en la que el purpúreo crepúsculo de su belleza le concede una última y apremiante elección entre lo maternal y lo femenino. La vida, a la que hace tiempo parece que se le han dado ya todas las respuestas, se convierte una vez más en pregunta, por última vez tiembla la mágica aguja del deseo, oscilando entre la esperanza de una experiencia erótica y la resignación definitiva. Una mujer tiene entonces que decidir entre vivir su propio destino o el de sus hijos, entre comportarse como una mujer o como una madre. Y el barón, perspicaz en esas cuestiones, creyó notar en ella aquella peligrosa vacilación entre la pasión de vivir y el sacrificio. En su conversación olvidaba en todo momento mencionar al marido, que evidentemente sólo parecía satisfacer sus necesidades externas, aunque no un esnobismo provocado por su elevado modo de vida, y en el fondo de su alma, es decir, con el corazón en la mano, sabía bien poco de su hijo. Una sombra de aburrimiento, disimulada en sus oscuros ojos como si fuera un velo de melancolía, se proyectaba sobre su vida y ofuscaba su sensualidad. El barón decidió actuar rápidamente, evitando al mismo tiempo dar la sensación de tener prisa. Al contrario, al igual que el pescador que como reclamo retira el anzuelo, quería oponer a la nueva amistad una indiferencia aparente, quería hacer que le solicitaran, cuando en realidad era él quien solicitaba. Se propuso afectar una cierta arrogancia, resaltar la diferencia de su posición social, y le estimuló la idea de poder ganar aquel cuerpo voluptuoso, pleno y hermoso, tan sólo gracias a su arrogancia, a su aspecto, a un nombre sonoro y aristocrático y a sus fríos modales.

El ardiente juego empezaba ya a excitarle, y por eso se obligó a ser precavido. La tarde la pasó en su habitación consciente —lo que le produjo una agradable sensación— de que le estarían buscando y echando de menos. Sin embargo, aquella ausencia no la notó tanto aquella a quien al fin y al cabo iba dirigida, sino que se convirtió en una tortura para el pobre muchacho. Edgar se sintió durante toda la tarde desamparado y perdido. Con la obstinada fidelidad propia de un muchacho, esperó a su amigo durante todas aquellas largas horas sin interrupción. De haberse marchado o haber hecho cualquier cosa él solo, le habría parecido que cometía una falta contra aquel amigo. Anduvo errando por los pasillos del hotel, y a medida que se fue haciendo más tarde, su corazón se llenó de desdicha. En el alboroto de su imaginación fantaseó con la idea de un accidente o con una ofensa infligida de manera involuntaria, y estaba ya a punto de echarse a llorar de impaciencia y de miedo.

Cuando el barón se acercó por la noche a la mesa, se le brindó una brillante acogida. Edgar saltó hacia él, sin prestar atención a la exclamación disuasoria de su madre ni a la sorpresa de los demás, y le abrazó impetuosamente con sus escuálidos brazos.

—¿Dónde estaba? ¿Dónde se había metido? —gritó bruscamente—. Le hemos buscado por todas partes.

La madre, ante aquella inoportuna inclusión, se ruborizó y en tono bastante duro dijo:

—*Sois sage, Edgar. Assieds toi!*

(Siempre le hablaba en francés, a pesar de que no dominaba del todo aquel idioma y de que se atascaba fácilmente al dar demasiadas explicaciones.)

—Y no olvides que el señor barón puede hacer lo que quiera. Tal vez le aburra nuestra compañía.

Esta vez se incluyó ella misma, y el barón comprendió, satisfecho, que aquel reproche reclamaba un cumplido.

El cazador en él despertó. Estaba entusiasmado, enardecido, por encontrarse tan rápidamente sobre la pista, seguro de tener ya la pieza a tiro. Sus ojos brillaron, la sangre corrió ágil por sus venas, las palabras salieron de sus labios a borbotones, sin que él supiera muy bien cómo. Como cualquier otra persona de fuerte naturaleza erótica, se sentía doblemente bien, doblemente él mismo, cuando comprobaba que gustaba a las mujeres, de la misma manera que algunos actores sólo se inflaman cuando notan que ante ellos los oyentes, la masa que respira anhelante, están fascinados por completo. Siempre había sido un buen narrador, capaz de evocar vivas imágenes, pero hoy —y entre tanto bebió unas cuantas copas de champán, que había encargado en honor de su nueva amistad— se superó a sí mismo. Habló de cacerías a las que había asistido en la India, invitado por un amigo que pertenecía a la alta aristocracia inglesa, eligiendo astutamente ese tema, porque era indiferente y porque por otro lado sabía que a

aquella mujer la excitaba todo lo exótico y todo lo que para ella resultaba inalcanzable. Pero al que hechizó fue sobre todo a Edgar, cuyos ojos llameaban de entusiasmo. Se olvidó de comer, de beber, y miraba fijamente al narrador, pendiente de las palabras que salían de sus labios. Jamás había esperado conocer a un hombre que hubiera visto aquellas cosas formidables que él leía en sus libros: las cacerías de tigres, los hombres de piel oscura, los hindúes y el Juggernaut, con aquella rueda espantosa que enterraba a miles de hombres bajo sus radios. Hasta entonces nunca había pensado que aquellos hombres existían de verdad, como tampoco creía en las tierras que se describían en los cuentos, y aquel instante hizo saltar por primera vez en su interior una gran emoción. No podía apartar la mirada de su amigo. Con la respiración contenida, miraba fijamente aquellas manos que tenía tan cerca y que habían matado a un tigre. Apenas se atrevía a preguntar nada, y cuando lo hizo, su voz sonó febrilmente emocionada. Su viva imaginación evocaba ante él las imágenes que correspondían al relato. Vio a su amigo subido en un elefante con una gualdrapa de color púrpura, rodeado a derecha e izquierda por hombres de piel oscura tocados con soberbios turbantes, y al tigre que, surgiendo de un salto de la jungla, enseñaba los dientes y clavaba las garras en la trompa del elefante. Ahora el barón contó algo aún más interesante: la astucia con la que se cazaba a los elefantes, atrayendo con los ejemplares viejos y domesticados a los más jóvenes, salvajes y arrogantes hasta llevarlos a los cercados. En los ojos del niño centelleaba el fuego. De pronto la madre, echando una ojeada al reloj, dijo:

—Neuf heures! Au lit!

Fue como si de pronto le cayera el mundo encima. Edgar palideció del susto. Para todos los niños la orden de que se vayan a la cama resulta atroz, porque para ellos representa la más abierta humillación frente a los adultos, el reconocimiento de que uno es pequeño, el estigma de la infancia, la infantil necesidad de descanso. Y qué horrible resultaba aquella deshonra en el momento más interesante, puesto que le haría perderse todas aquellas cosas inauditas.

—Sólo un poco más, mamá. Lo de los elefantes. ¡Sólo eso!

Iba a empezar a suplicar, pero se acordó de su nueva dignidad como persona adulta. Se permitió tan sólo un único intento. Pero su madre se mostró extrañamente severa.

—No, ya es tarde. ¡Sube! *Sois sage*, Edgar. Yo misma te contaré después todas las historias del señor barón.

Edgar vaciló. Por lo general su madre solía acompañarle a la cama. Pero no quiso suplicar delante del amigo. Su orgullo infantil quiso salvar aquella deplorable retirada dándole un aire de espontaneidad.

—Pero de verdad, mamá. Me lo contarás todo. ¡Todo! ¡Lo de los elefantes y todo lo demás!

—Sí, hijo mío.

—¡Y en seguida! ¡Hoy mismo!

—Sí, sí, pero ahora vete a dormir. ¡Anda!

Edgar se quedó sorprendido consigo mismo por ser capaz de tender la mano al barón y a su madre sin ponerse rojo, a pesar de que los sollozos se agolpaban ya en lo más alto de su garganta. El barón, en un gesto amistoso, le sacudió el pelo, forzándole a esbozar una sonrisa sobre aquel rostro tenso. Después tuvo que correr hasta la puerta, porque si no habrían visto que unas gruesas lágrimas le corrían por las mejillas.

LOS ELEFANTES

La madre se quedó más tiempo abajo, sentada a la mesa con el barón, pero ya no hablaron de elefantes y cacerías. Un leve bochorno, una turbación que estalló rápidamente, se apoderó de las palabras de la madre, desde que el chico los dejó solos. Por fin se dirigieron al vestíbulo y se sentaron en un rincón. El barón estaba más ocurrente que nunca, ella incluso un poco achispada por las dos copas de champán, y así la conversación no tardó en adquirir un cariz peligroso. En realidad el barón no era lo que se dice guapo, tan sólo joven, y con aquel rostro enérgico y juvenil, la piel morena y el pelo corto, se veía muy masculino. Con sus movimientos espontáneos, casi impertinentes, la fascinó. Ahora le gustaba contemplarle de cerca y dejó de temer su mirada. Si bien, poco a poco, en sus palabras se infiltró un atrevimiento que la turbó ligeramente. Era como si le tocara el cuerpo, un tentar para de nuevo dejarlo, algo desconcertantemente ávido que hacía que la sangre le acudiera a las mejillas. Pero entonces él volvía a reír sencillo, espontáneo, como un muchacho, y aquello daba a todas las pequeñas concupiscencias el aire inocente de una broma. En ocasiones le parecía que tenía que rechazar rotundamente alguna de sus palabras, pero, coqueta por naturaleza, aquellas pequeñas lascivias la incitaban a esperar más. Y entusiasmada con el temerario juego, al final incluso intentó imitarle. A las miradas respondió con pequeñas promesas, veleidosas, entregándose ya con sus palabras y sus gestos, permitiendo incluso un acercamiento, la proximidad de aquella voz, cuyo aliento, cálido y palpitante, percibió en más de una ocasión sobre sus hombros. Como todos los jugadores, se olvidaron del tiempo y se perdieron hasta tal punto en su ardorosa conversación que, cuando en torno a la medianoche las luces del vestíbulo empezaron a apagarse, se sobresaltaron.

Ella se puso en pie de inmediato, obedeciendo al primer susto, y de golpe se dio cuenta de lo lejos que había llegado en su temeridad. No era la primera vez que jugaba con fuego, pero esta vez su excitado instinto fue consciente de lo cerca que estaba aquel juego de convertirse en algo más serio. Con espanto descubrió que ya no se encontraba del todo segura, que algo en su interior empezaba a resbalar y que, de manera alarmante, se aproximaba al torbellino. En su cabeza todo fluctuaba en un remolino de miedo, alcohol y palabras apasionadas. La asaltó un miedo estúpido, absurdo, un miedo que ya había sentido más de una vez a lo largo de su vida en momentos similares, de peligro,

pero nunca de manera tan vertiginosa y violenta.

—Buenas noches, buenas noches. Hasta mañana —dijo con prisa, y quiso huir. Huir no tanto de él, como del riesgo que suponía un momento como aquél y de una nueva y extraña indecisión que percibió en sí misma.

Pero el barón sostuvo con fuerza la mano que ella le tendió como despedida, la besó, y no sólo por educación, una única vez, sino cuatro o cinco, rozando con sus labios trémulos desde la punta de sus finos dedos hasta la muñeca, con lo que ella sintió el cosquilleo de su bigote áspero en el dorso de la mano y un ligero estremecimiento. Una cálida y embarazosa sensación atravesó todo su cuerpo. El miedo se disparó, hirviendo, martilleando amenazador en sus sienes. Su cabeza ardía. El miedo, un miedo insensato, recorrió ahora todo su cuerpo, y ella al instante retiró la mano.

—Quédese —susurró el barón.

Por ella ya se alejaba corriendo, con una torpeza que delataba su miedo y su turbación. En ella se producía ahora la agitación que el otro deseaba. Se dio cuenta de que todo en su interior estaba revuelto. Fue presa de un miedo atroz, punzante, a que el hombre que había dejado atrás quisiera seguirla y alcanzarla, y al mismo tiempo, aun en la huida, lamentó que no lo hiciera. En aquel momento podría haber ocurrido lo que ella deseaba desde hacía años, la aventura, en cuya proximidad sentía un inmenso placer, aunque hasta entonces siempre escapara de ella en el último momento. Una gran aventura, arriesgada, no sólo un coqueteo fugaz, excitante. Pero el barón era demasiado orgulloso para correr en pos de un instante propicio. Estaba demasiado seguro de su victoria para, como un ladrón, tomar a aquella mujer en un momento de debilidad, de embriaguez. Al contrario, al jugador que se atiene a las reglas sólo le atrae la lucha y la entrega plenamente conscientes. Ella no se le podía escapar. Por sus venas, lo sabía, corría ya el veneno de la pasión.

Arriba del todo, en el rellano de la escalera, la mujer se detuvo, apretando su corazón jadeante con una mano. Necesitaba descansar durante unos segundos. Le fallaban los nervios. Se le escapó un suspiro, en parte de alivio por haber escapado al peligro, en parte lamentándolo. Pero todo aquello era confuso y continuó embrollándose en su sangre como en un ligero vértigo. Con los ojos medio cerrados, como si estuviera borracha, anduvo a tientas hasta llegar a la puerta de su habitación y respiró tranquila al notar el tacto frío del picaporte. Sólo ahora se sintió a salvo.

Sin hacer ruido, abrió la puerta. Y un segundo después retrocedió sobresaltada. Algo se había movido en la habitación, allá al fondo, en la oscuridad. Sus excitados nervios se contrajeron. Estaba a punto de gritar pidiendo socorro, cuando desde el interior oyó una voz muy baja que, medio en sueños, le decía:

—¿Eres tú, mamá?

—¡Por amor de Dios! ¿Qué haces ahí?

La madre se precipitó sobre el diván, en el que Edgar, surgiendo del sueño en aquel preciso instante, yacía hecho un ovillo. Lo primero que se le ocurrió fue que el niño debía de estar enfermo o que necesitaba ayuda.

Pero Edgar, aún totalmente dormido y con un ligero reproche, le dijo:

—Te he estado esperando tanto tiempo que al final me he quedado dormido.

—¿Por qué lo has hecho?

—Por los elefantes.

—¿Qué elefantes?

Sólo entonces comprendió. Le había prometido que se lo contaría todo, hoy mismo, lo de la caza y las aventuras. Y después aquel chico se había escurrido hasta su habitación, aquel muchacho ingenuo e infantil había esperado con toda confianza a que ella llegara y se había quedado dormido allí encima. Aquella extravagancia la enfureció. O mirándolo bien, se encolerizó consigo misma, percibió un ligero murmullo de culpa y vergüenza que quiso acallar dando voces.

—¡Vete de inmediato a la cama, niño desobediente! —gritó.

Edgar se quedó perplejo. ¿Por qué se enfadaba de aquel modo con él? Si no había hecho nada. Pero aquel asombro la excitó aún más.

—¡Vete a tu cuarto de inmediato! —gritó furiosa, porque se dio cuenta de que estaba siendo injusta con él.

Edgar se marchó sin decir una palabra. En el fondo se sentía muy cansado y en la bruma opresiva del sueño sólo borrosamente percibió que su madre no había cumplido una promesa y que, de alguna forma, se había enfadado con él. Pero no se rebeló. Estaba embotado por culpa del cansancio. Además, le molestó haberse quedado dormido, en lugar de esperar despierto. «Como un niño pequeño», se dijo con rabia antes de volver a quedarse dormido.

Y es que desde el día anterior odiaba su propia niñez.

ESCARAMUZA

El barón había dormido mal. Irse a la cama tras una aventura truncada resulta siempre peligroso: una noche agitada, con la amenaza constante de las pesadillas, pronto le llevó a arrepentirse de no haber aprovechado la ocasión sin más miramientos. Cuando bajó a la mañana siguiente, aún con el ceño adusto por el sueño y el desaliento, el muchacho le salió al encuentro desde un escondite, le estrechó entusiasmado entre sus brazos y comenzó a importunarle con miles de preguntas. Estaba contento de volver a tener a su gran amigo para él solo durante unos minutos y de no verse en la obligación de compartirlo con su madre. Le asaltó diciendo que tenía que contárselo todo a él y no a su mamá. Porque, a pesar de que se lo había prometido, ella no le había contado nada de todas aquellas historias maravillosas. Acribilló con cientos de preguntas molestas e infantiles al barón que, desagradablemente sorprendido, sólo con esfuerzo ocultó su mal humor. Y además las mezcló con impetuosas manifestaciones de cariño, feliz por estar de nuevo a solas con aquel al que tanto había buscado y al que esperaba desde primeras horas.

El barón contestó desabrido. El eterno acechar del niño, la necedad de las preguntas y, sobre todo, aquella pasión no deseada empezaban a aburrirle. Estaba cansado de andar vagando un día sí y otro también con un chiquillo de doce años y de charlar con él de tonterías. Ahora tan sólo le interesaba forjar el hierro candente y atrapar a la madre a solas, lo que se hacía más difícil por la inoportuna presencia del niño. Por primera vez se arrepintió de haber despertado en él la ternura de un modo tan imprudente, pues de momento no veía la más mínima posibilidad de librarse de aquel amigo demasiado afectuoso.

De todos modos, lo intentaría. Hasta las diez, la hora a la que se había citado con la madre para dar un paseo, dejó que el atropellado chismorreo del muchacho le salpicara, sin prestarle atención. De cuando en cuando le arrojaba alguna migaja en forma de palabra, para no ofenderle, pero al mismo tiempo hojeaba el periódico. Al fin, cuando la manecilla del reloj se puso casi vertical, pidió a Edgar, como si se acordara de repente, que se acercara al otro hotel tan sólo un instante, para preguntar allí si el conde Grundheim, su padre, había llegado ya.

El niño, cándido y feliz de tener por fin una oportunidad de servir en algo a su amigo, orgulloso de su condición de mensajero, se marchó en seguida de un salto

y se lanzó por el camino de forma tan atropellada que la gente, sorprendida, le siguió con la vista. Pero él estaba empeñado en demostrar lo diligente que era cuando le confiaban una misión. El conde, eso le dijeron allí, aún no se había presentado. Por el momento ni siquiera había anunciado su llegada. Trajo la noticia de nuevo a paso de carga, pero en el vestíbulo ya no se veía al barón, de modo que llamó a la puerta de su habitación. ¡En vano! Intranquilo, recorrió todas las salas del hotel, la de música, la del café... Agitado, corrió a buscar a su madre, para recabar información. También ella se había ido. El portero, al que finalmente se dirigió desesperado, le dijo, para su sorpresa, que acababan de marcharse juntos hacía unos minutos.

Edgar esperó con paciencia. En su ingenuidad no sospechó nada malo. Sólo estarían fuera un rato, de eso estaba seguro, puesto que el barón necesitaba su respuesta. Pero el tiempo se alargó durante horas y la inquietud se apoderó de él. Después de todo, desde el día en que aquel personaje extraño y seductor se había mezclado en su cándida vida infantil, el niño se pasaba las veinticuatro horas en tensión, agitado y confuso. En un organismo tan sensible como el de los niños, cada emoción deja su huella como si lo hiciera en cera blanda. Volvió a aparecerle el temblor nervioso en los párpados. Y ya se le veía más pálido. Edgar esperó y esperó. Primero, con paciencia. Después, muy excitado. Y por fin, a punto de llorar. Pero aún no recelaba. Su confianza ciega en aquel amigo maravilloso le hacía sospechar que se había producido algún equívoco, y le atormentó una angustia secreta al pensar que tal vez pudiera haber entendido mal el encargo.

Sin embargo, lo más extraño fue que cuando por fin regresaron, se quedaron charlando animadamente y no mostraron la más absoluta sorpresa. Parecía como si no le hubieran echado de menos.

—Hemos salido a tu encuentro, Edi, porque esperábamos encontrarte por el camino —dijo el barón, sin preguntar por el encargo.

Y cuando el niño, estremeciéndose ante la idea de que podrían haberle buscado en vano, empezó a protestar diciendo que había corrido por el camino que llevaba directamente por la avenida principal, y quiso saber qué dirección habían tomado ellos, la madre interrumpió la conversación bruscamente:

—¡Basta! ¡Basta ya! Un niño no debe hablar tanto.

Edgar se puso rojo de ira. Era la segunda vez que de manera tan vil trataba de rebajarle delante de su amigo. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué trataba siempre de presentarle como un niño, cosa que él —estaba convencido— ya no era? Era evidente que le tenía envidia y que planeaba quitarle el amigo. Sí, y seguramente había sido ella la que, con toda intención, había llevado al barón por el camino equivocado. Pero no permitiría que le tratara de ese modo. Eso lo vería. La desafiaría. Y decidió que durante la comida no le diría una sola palabra. Hablaría únicamente con su amigo.

Pero le resultó difícil. Lo que menos había esperado, ocurrió: no se percataron de su afrenta. Sí, incluso parecía que ni siquiera le veían, a él, que ayer mismo había sido el centro de atención cuando se encontraban los tres juntos. Hablaban entre sí, sin preocuparse por él, bromeaban y reían, como si él se hubiera hundido debajo de la mesa. La sangre le acudió a las mejillas. Sintió un nudo en la garganta que le impedía respirar. Con un escalofrío fue consciente de su tremenda impotencia. De modo que, ¿debía quedarse allí sentado en silencio, viendo cómo su madre le arrebatava el amigo, la única persona a la que él apreciaba, sin defenderse, sin poder hacerlo de otra manera más que a fuerza de silencio? Le pareció que debía levantarse y golpear la mesa con ambos puños. Sólo para que repararan en él. Pero se contuvo, se limitó a dejar el tenedor y el cuchillo y no probó bocado. Pero tampoco notaron aquel terco ayuno. Sólo en el último momento su madre cayó en la cuenta y le preguntó si no se encontraba bien. « Es repugnante », se dijo, « no piensa más que en eso, en si no estaré enfermo. Lo demás no le importa ». Contestó en pocas palabras, diciendo que no tenía apetito, y ella se dio por satisfecha. Nadie, nadie le prestaba atención. El barón parecía haberle olvidado. Al menos no le dirigió la palabra ni una sola vez. El llanto, cada vez más vehemente, le hinchó los ojos, y tuvo que recurrir a la infantil artimaña de levantar rápidamente la servilleta, antes de que alguien pudiera ver que las lágrimas le corrían por las mejillas y le mojaban los labios con un gusto salado. Respiró aliviado cuando terminaron de comer.

Durante la comida la madre había propuesto hacer juntos un viaje en coche a la Virgen del Amparo. Edgar lo había escuchado, mordiéndose los labios. De modo que no iba a dejarle a solas con su amigo ni durante un minuto. Pero su odio creció de un modo brutal, cuando al levantarse de la mesa dijo:

—Edgar, para cuando vuelvas a la escuela lo habrás olvidado todo. Tendrás que quedarte y estudiar un poco.

De nuevo Edgar apretó el puño. Se empeñaba en humillarle delante de su amigo, siempre tenía que recordarle en público que no era más que un niño, que tenía que ir a la escuela y que al dejarle estar con las personas mayores le hacían un favor. Pero esta vez sus intenciones le parecieron demasiado evidentes. No respondió, se dio la vuelta sin más.

—Ajá, de nuevo ofendido —dijo ella sonriendo, y después, dirigiéndose al barón, añadió: —¿Es mucho pedir que estudie durante una hora?

Entonces —y en el corazón del niño algo se enfrió y se quedó rígido— el barón, el que decía ser su amigo, el que se había burlado de él porque le pareció un empollón, dijo:

—Bueno, una hora o dos no pueden hacer ningún daño.

¿Se habían puesto de acuerdo? ¿Se habían aliado contra él? La mirada del niño resplandecía de rabia.

—Mi papá ha prohibido que estudie aquí. Papá quiere que me recupere —les

arrojó con todo el orgullo de su enfermedad, aferrándose en su desesperación a las palabras, a la autoridad de su padre.

Lo soltó como si fuera una amenaza. Y lo más curioso fue que, en efecto, sus palabras parecían haber disgustado a ambos. La madre apartó la mirada y, nerviosa, tamborileó con los dedos sobre la mesa. Un incómodo silencio se extendió entre ellos.

—Como quieras, Edi —dijo por fin el barón con una sonrisa forzada—. Yo no tengo que examinarme. Hace tiempo que lo suspendí todo.

Pero Edgar no le rió el chiste, se limitó a dedicarle una mirada inquisitiva, melancólica, como si quisiera llegar hasta su alma. ¿Qué estaba ocurriendo? Algo había cambiado entre ellos, y el niño no sabía por qué. Inquieto, dejó vagar la mirada. En su corazón golpeaba un diminuto e impetuoso martillo: la primera sospecha.

ARDIENTE SECRETO

« ¿Qué es lo que les ha cambiado de ese modo?», reflexionaba el niño, sentado frente a ellos en el carruaje en marcha. « ¿Por qué no se comportan conmigo como lo hacían al principio? ¿Por qué mamá aparta los ojos cuando la miro? ¿Por qué él siempre intenta bromear delante de mí y se empeña en hacer el payaso? Ninguno de los dos me habla como lo hacían ayer y antes de ayer. Casi diría que sus caras no son las mismas. Mamá hoy tiene los labios tan rojos que debe de habérselos pintado. Nunca la había visto así. Y él mantiene todo el tiempo la frente arrugada, como si estuviera ofendido. Si yo no les he hecho nada. No he dicho nada que pudiera enojarles. No, yo no puedo ser el motivo, porque ellos mismos no se comportan de la misma manera que antes. Lo hacen como si se propusieran algo, algo que no se atreven a confesarse. Ya no charlan como ayer, y tampoco se ríen. Están intimidados. Ocultan algo. Entre ellos existe algún secreto que no quieren revelarme. Un secreto que debo averiguar a toda costa. Ya lo sé, tiene que ser el mismo que siempre me ocultan cerrando las puertas con llave, ese secreto del que se habla en los libros y en la ópera, cuando hombres y mujeres cantan los unos frente a los otros con los brazos abiertos, se abrazan y se apartan de un empujón. De alguna forma tiene que ser lo mismo que aquello que ocurrió con mi profesora de francés, que se llevó tan mal con papá y a la que después despidieron. Todas esas cosas están relacionadas, eso lo noto, sólo que no sé cómo. ¡Ah, saberlo! ¡Saberlo al fin! ¡Ese secreto! ¡Si lo entendiera! Si tuviera esa llave que abre todas las puertas, dejaría de ser un niño ante el que todo se esconde y oculta, dejarían de darme largas y de engañarme. ¡Ahora o nunca! Les arrancaré ese formidable secreto». En su frente se formó una arruga, que hizo que el delicado niño de doce años casi pareciera un viejo, cavilando tan serio para sus adentros, sin dedicar una sola mirada al paisaje, que se extendía a su alrededor con brillantes colores, las montañas con el límpido verde de sus bosques de coníferas, los valles aún con el tierno esplendor que les confería una primavera tardía. Se limitó a observar a aquellos dos, sentados frente a él en el asiento posterior del carruaje, como si con aquellas fervorosas miradas pudiera extraer el secreto de las resplandecientes profundidades de sus ojos. Como con un anzuelo. Nada agudiza tanto el ingenio como una apasionada sospecha, nada desarrolla más todas las posibilidades de un intelecto inmaduro como una pista que conduce hasta la oscuridad. A veces tan sólo una única y delgada puerta

separa a los niños del mundo que nosotros llamamos real, y un soplo de viento casual hace que se les abra de golpe.

Por un momento Edgar se sintió más cerca que nunca de llegar a alcanzar lo desconocido, el gran misterio. Percibía que estaba justo delante de él, si bien todavía inaccesible y sin descifrar, aunque cerca, muy cerca. Eso le excitaba y le daba aquel aire de repentina y solemne seriedad. Pues, inconscientemente, presentía que se encontraba al borde de su niñez.

Los otros dos, sentados frente a él, notaban que ante ellos había una resistencia sorda, sin darse cuenta de que emanaba del chico. Estando los tres juntos en el carruaje, se sentían limitados, cohibidos. Aquellos dos ojos frente a ellos, con aquel fuego que, oscuro, llameaba en su interior, les estorbaban. Apenas se atrevían a hablar, apenas se atrevían a mirar. No sabían cómo volver a su conversación de antes, una conversación ligera, de sociedad, demasiado enredada ya en el tono de las confidencias apasionadas, esas peligrosas palabras en las que tiembla la insinuante impudicia de los roces secretos. Su conversación topaba siempre con lagunas e interrupciones. Se estancaba, intentaba seguir adelante, pero volvía a tropezar una y otra vez con el obstinado mutismo del niño.

Su encarnizado silencio resultaba una carga en especial para la madre. Con cuidado le observó de refilón y se asustó al descubrir de repente y por primera vez, en la forma en la que el niño apretaba los labios, una semejanza con su marido cuando se excitaba o enojaba. Y le resultó molesto que precisamente en aquel momento en el que se proponía tener una aventura a escondidas le recordaran a su marido. Como un fantasma, un centinela de la conciencia, su hijo le pareció doblemente insoportable en la estrechez de aquel carruaje, sentado frente a ella a tan sólo veinte centímetros con sus ojos oscuros y afanosos, al acecho tras aquella pálida frente. En aquel momento, Edgar levantó la mirada, durante un segundo. Ambos la retiraron de inmediato. Se dieron cuenta de que por primera vez en su vida se espían. Hasta entonces habían tenido una confianza ciega el uno en el otro, pero ahora entre la madre y el niño, entre ella y él algo había cambiado. Por primera vez en su vida empezaban a vigilarse, a separar sus respectivos destinos, sintiendo ambos un odio secreto hacia el otro, un odio demasiado reciente como para que se atrevieran a admitirlo.

Los tres respiraron aliviados cuando los caballos se detuvieron de nuevo frente al hotel. Había sido una excursión malograda, todos se daban cuenta, y ninguno se atrevió a decirlo. Edgar fue el primero en bajar de un salto. Su madre se disculpó diciendo que le dolía la cabeza y subió las escaleras deprisa. Estaba cansada y quería estar sola. Edgar y el barón se quedaron atrás. El barón pagó al cochero, miró el reloj y avanzó hacia el vestíbulo, sin prestar atención al muchacho. Pasó ante él, con aquella espalda elegante y esbelta, con aquel ligero y rítmico contoneo que tanto fascinaba al muchacho y que ya ayer había tratado

de imitar. Pasó ante él, sin más ceremonia. Era evidente que se había olvidado del chico y le dejó plantado junto al cochero, junto a los caballos, como si no le incumbiera.

En Edgar algo se partió en dos al verle pasar por delante de él de aquella manera, a aquel hombre al que a pesar de todo aún idolatraba. De su alma brotó la desesperación cuando pasó de largo sin rozarle con el abrigo, sin decirle una sola palabra, cuando era consciente de no haber cometido ninguna falta. La serenidad mantenida con esfuerzo se quebró, la carga de dignidad, aumentada de manera artificial, se escurrió de sus estrechos hombros. Volvió a ser un niño, pequeño y humilde, como ayer, como en otro tiempo. Y eso le arrastró, contra su deseo. Con pasos rápidos, temblorosos, siguió al barón, se interpuso en su camino en el momento en el que se disponía a subir las escaleras y, angustiado, conteniendo las lágrimas a duras penas, le dijo:

—¿Qué he hecho yo para que ya no me haga caso? ¿Por qué ahora siempre se comporta conmigo de ese modo? Y mamá también. ¿Por qué siempre quieren deshacerse de mí? ¿Les resulto pesado? ¿O es que he hecho algo?

El barón se asustó. En su voz había algo que le desconcertó y le ablandó. Le embargó la compasión hacia el Cándido muchacho.

—¡Edi, estás loco! Hoy tan sólo estaba de mal humor. Y tú eres un buen chico, al que aprecio de verdad.

Al decirlo, le acarició el pelo, aunque con la cara vuelta, para no tener que ver aquellos enormes ojos de niño húmedos y suplicantes. La comedia que estaba representando empezaba a resultarle molesta. En el fondo se avergonzaba de haber jugado de forma tan descarada con el cariño de aquel niño, y aquella voz, débil y sacudida por los sollozos reprimidos, le hacía daño.

—Ahora sube, Edi. Esta noche volveremos a llevarnos bien. Ya lo verás —dijo para calmarle.

—Pero usted no permitirá que mamá me mande en seguida a la cama, ¿verdad?

—No, no, Edi, no lo permitiré —dijo el barón, sonriendo—. Ahora sube. Tengo que cambiarme para la cena.

Edgar se fue, satisfecho por el momento. Pero pronto el martillo en su corazón empezó a moverse. Desde ayer tenía unos cuantos años más. Un huésped desconocido, la desconfianza, se aferraba a su corazón.

Esperó. Se acercaba la prueba definitiva. Se sentaron juntos a la mesa. Dieron las nueve, pero la madre no le mandó a la cama. Se inquietó. ¿Por qué precisamente hoy le dejaba quedarse allí tanto tiempo cuando por lo general era tan rigurosa? ¿Es que el barón le había revelado su deseo y la conversación que habían tenido? De pronto le embargó un vivo arrepentimiento por haber corrido tras él y haberle confiado todo su corazón. A las diez su madre se levantó de repente y se despidió del barón. Y cosa curiosa, él no pareció sorprendido por la

temprana retirada, y tampoco intentó retenerla, como solía hacer en otras ocasiones. El martillo golpeó cada vez con más fuerza en el pecho del niño.

Entonces llegó la prueba definitiva. También él fingió no darse cuenta de nada y sin rechistar siguió a su madre hasta la puerta, pero allí levantó los ojos. Y en efecto, en aquel instante cazó una sonriente mirada que, por encima de su cabeza, su madre dirigió directamente al barón, una mirada de complicidad, en la que se ocultaba algún secreto. De modo que el barón le había traicionado. De ahí aquella temprana retirada. Hoy tenían que conseguir que se confiara, para que al día siguiente no se interpusiera en su camino.

—¡Traidor! —murmuró.

—¿Qué has dicho? —preguntó la madre.

—Nada —respondió él entre dientes.

Ahora también él tenía un secreto. El odio, un odio sin límites hacia aquellos dos.

SILENCIO

La inquietud de Edgar había desaparecido. Por fin disfrutaba de un sentimiento puro, claro: el odio y una abierta hostilidad. Ahora que estaba seguro de que era un estorbo para ellos, el estar juntos se convertiría para él en un placer cruel y refinado. Se regodeaba con la idea de molestarles, de hacerles frente al fin con toda la fuerza concentrada de su enemistad. Y al primero que le enseñó los dientes fue al barón. Cuando bajó por la mañana y al pasar le saludó con un cordial «hola, Edi», sin levantar la vista, desde el sillón en el que permaneció sentado, se limitó a contestar gruñendo un áspero «buenas».

—¿Ha bajado ya mamá?

Edgar, mirando el periódico, contestó:

—No sé.

El barón se quedó desconcertado. ¿Qué ocurría?

—¿Es que has dormido mal, Edi?

Como siempre, una broma lo arreglaría, pero Edgar de nuevo se limitó a lanzarle un despectivo «no» y volvió a hundirse en la lectura del periódico. «Será memo», murmuró el barón para sí, encogió los hombros y prosiguió su camino. La guerra estaba declarada.

También frente a su madre Edgar se comportó con frialdad y complacencia. Rechazó tranquilamente un intento nada acertado de enviarle a la pista de tenis. Su sonrisa, con los labios apretados y ligeramente encrespada por la amargura, indicaba que ya no se dejaría engañar.

—Preferiría ir con vosotros de paseo, mamá —dijo con una amabilidad falsa y mirándola a los ojos.

La respuesta le resultó a su madre visiblemente inoportuna. Vaciló y pareció estar buscando algo.

—Espérame aquí —se decidió por fin, y se marchó a desayunar.

Edgar esperó, pero su desconfianza se puso en marcha. Un agitado instinto extraía de entre las palabras de aquellos dos una intención oculta y hostil. Ahora el recelo confería a veces una singular clarividencia a sus decisiones. Y en lugar de esperar en el vestíbulo, tal y como le habían indicado que hiciera, Edgar prefirió apostarse en la calle, desde donde no sólo podría vigilar la entrada principal, sino también todas las demás puertas. Algo en su interior olió el engaño. Pero no volverían a escapársele. Una vez en la calle, se acurrucó, tal y como

había aprendido en los libros del Oeste, tras un montón de leña. Y cuando al cabo de casi media hora vio que en efecto su madre salía por una puerta lateral, con un magnífico ramo de rosas, seguida por el traidor del barón, rió satisfecho.

Ambos parecían locos de contento. ¿Es que ya respiraban aliviados por haberse librado de él, por encontrarse a solas con su secreto? Reían en mitad de la conversación y se disponían a seguir el camino que llevaba hasta el bosque.

Había llegado el momento. Edgar salió de su escondite y caminó arrastrando los pies tranquilamente, como si una casualidad le hubiera llevado hasta allí. Impasible, se acercó hacia ellos, tomándose tiempo, mucho tiempo, para regodearse con su sorpresa. Ambos se quedaron perplejos e intercambiaron una mirada de extrañeza. Espacio, con fingida naturalidad, el niño llegó hasta ellos, sin apartar su mirada burlona.

—Ah, estás aquí, Edi. Te hemos estado buscando por ahí dentro —dijo por fin la madre.

«Qué descaró, cómo miente», pensó el niño. Pero sus labios permanecieron inflexibles. Guardaban el secreto del odio detrás de los dientes.

Los tres se quedaron sin saber qué hacer. Uno de ellos espiaba a los otros.

—Vamos —dijo con resignación la enojada mujer, mientras deshojaba una de aquellas hermosas flores. Y de nuevo apareció el ligero temblor en torno a las aletas de su nariz, un temblor que en ella denotaba cólera. Edgar se quedó quieto, como si aquello no fuera con él, miró hacia el cielo, esperó a que se fueran y después se dispuso a seguirles. El barón aún hizo un último intento.

—Hoy hay un campeonato de tenis. ¿Lo has visto alguna vez?

Edgar se limitó a mirarle con desprecio. Ya no se molestó en contestarle, arqueó los labios, como si fuera a silbar. Esa era su respuesta. El odio mostraba los dientes.

Como una pesadilla, su no solicitada presencia cayó sobre ellos. Los presidiarios caminan así tras el guardián, con los puños disimuladamente cerrados. El niño en el fondo no hacía nada y sin embargo cada minuto que pasaba, con aquellas miradas de acecho, húmedas por las lágrimas que reprimía, con su enconado mal humor, que rechazaba cualquier intento de aproximación, les resultó cada vez más insoportable.

—Camina por delante —le dijo de pronto la madre furiosa, que se sentía inquieta con su continuo vigilar—. ¡No andes todo el tiempo enredando entre mis piernas! ¡Me pone nerviosa!

Edgar obedeció, pero cada vez que daba un par de pasos se volvía y, si ellos se habían rezagado, se quedaba esperándoles, abarcándoles con su mirada como el mefistofélico perro de aguas negro, y envolviéndoles en la maraña de fuego del odio, en la que ellos se sintieron inevitablemente atrapados.

Su malicioso silencio, como si fuera un ácido, hizo pedazos su buen humor. Su mirada convertía en hiel el diálogo que asomaba a sus labios. El barón ya no se

atrevió a pronunciar ni una palabra más de cortejo. Se dio cuenta, con rabia, de que aquella mujer iba a volver a escapársele de las manos, que su apasionamiento, suscitado con esfuerzo, iba a enfriarse de nuevo por temor a aquel crío molesto y repugnante. Una y otra vez intentaron retomar la conversación, una y otra vez fracasó. Al fin los tres trotaron en silencio por el camino, escuchando tan sólo los susurros de los árboles, cuyas ramas chocaban unas con otras, y sus propios pasos contrariados. El niño había ahogado la conversación.

Ahora los tres sentían una enconada hostilidad. Con placer, el niño traicionado notó cómo la ira de aquellos dos se reconcentraba, sin que pudieran evitarlo, contra su despreciada existencia. Con miradas de burla y guiñando los ojos, rozaba de cuando en cuando el rostro irritado del barón. Vio que le rechinaban los dientes conteniendo los insultos y que tenía que sujetarse para no escupírseles a la cara, y al mismo tiempo percibió con diabólica satisfacción que la cólera de su madre iba en aumento, y que aquellos dos tan sólo esperaban una oportunidad para abalanzarse sobre él, apartarlo de un empujón o neutralizarlo. Pero no les dio ocasión, su odio había sido calculado durante muchas horas y no se permitió ninguna flaqueza.

—¡Regresemos! —dijo de pronto la madre.

Sentía que no sería capaz de contenerse durante mucho más tiempo, que necesitaba hacer algo, al menos gritar bajo aquella tortura.

—¡Lástima! —dijo Edgar tranquilo—. Es tan bonito.

Ambos se dieron cuenta de que el niño se burlaba de ellos, pero no se atrevieron a decir nada. En dos días aquel tirano había aprendido a dominarse de maravilla. Ni un movimiento en su rostro revelaba la cortante ironía. Sin pronunciar una sola palabra hicieron el largo camino de vuelta. Ella aún temblaba de cólera, cuando madre e hijo se encontraron por fin a solas en su cuarto. Disgustada, arrojó la sombrilla y los guantes. Edgar se dio cuenta en seguida de que tenía los nervios de punta, pero quería que estallara e intencionadamente se quedó en la habitación, para irritarla. Ella paseó de un lado a otro. Se sentó. Sus dedos tamborilearon sobre la mesa. Después se levantó de un salto.

—¡Qué despeinado vas! ¡Y qué sucio! Es un escándalo, delante de toda esa gente. ¿No te da vergüenza? A tu edad...

Sin rechistar, el niño avanzó y se puso a peinarse. Aquel silencio, aquel obstinado y frío silencio, con los labios palpitando por el desprecio, la enfureció. Le hubiera gustado pegarle.

—¡Vete a tu habitación! —le gritó.

Ya no podía soportar su presencia. Edgar sonrió y se marchó.

Cómo temblaban ahora los dos ante él, qué miedo tenían, el barón y ella, cada hora que pasaban juntos, bajo el acoso despiadado, severo de su mirada.

Cuanto más molestos se sentían ellos, tanto más se iluminaban sus ojos, llenos de satisfacción, tanto más desafiante se tornaba su alegría. Edgar torturaba ahora a aquellos dos seres indefensos con toda la crueldad de los niños, una crueldad casi animal. El barón aún podía contener su ira, porque contaba siempre con la posibilidad de hacerle una jugarreta al niño, y sólo pensaba en su objetivo. Pero ella, la madre, perdía los estribos una y otra vez. Para ella, poder gritarle era una liberación.

—No juegues con el tenedor —le dijo cuando estuvieron a la mesa—. Eres un desobediente. No mereces sentarte entre personas mayores.

Edgar se limitaba siempre a sonreír. Sonreía con la cabeza un poco ladeada. Sabía que si gritaba no era más que porque estaba desesperada, y se sentía orgulloso por el hecho de que ella se delatara de aquel modo. Edgar tenía ahora una mirada del todo serena, como la de un médico. En otro tiempo tal vez se hubiera enfadado, pero con el odio se aprende mucho y rápido. Ahora se calló. Callaría y callaría, hasta que ella empezara a gritar bajo la presión de aquel silencio.

Su madre no podría soportarlo mucho más. Cuando se levantaron de la mesa y Edgar de nuevo quiso seguirles con aquel apego natural, estalló de repente. Mortificada por su insidiosa presencia, se encabritó como un caballo torturado por las moscas.

—¿Por qué corres detrás de mí como si fueras un niño de tres años? No quiero tenerte siempre a mi alrededor. A los niños no les corresponde estar con los mayores. ¡Que no se te olvide! Ocupate por una vez de ti mismo durante una hora. Lee algo. O haz lo que quieras. ¡Déjame en paz! Me pones nerviosa rondando continuamente con tu desagradable mal humor.

Al fin se la había arrancado, ¡la confesión! Edgar sonreía, mientras que su madre y el barón parecían abochornados. Ella se apartó y quiso continuar, furiosa consigo misma por haber confesado al niño su desagrado. Pero Edgar, conservando la frialdad, se limitó a decir:

—Papá no quiere que ande por aquí solo. Papá me hizo prometer que no sería desconsiderado y que me quedaría contigo.

Resaltó la palabra «papá», porque en otra ocasión había notado que ejercía cierto efecto paralizador sobre aquellos dos. También su padre tenía que estar de alguna manera envuelto en aquel tórrido misterio. Papá tenía que tener algún poder oculto, un poder que él ignoraba, sobre aquellos dos, porque la sola mención de su nombre parecía infundirles terror y producirles malestar. Tampoco esta vez contestaron nada. Se rindieron. La madre se adelantó. El barón la siguió. Edgar fue tras ellos, pero no humilde como un criado, sino firme, severo e implacable, como un guardián. Sin que nadie le viera, hacía sonar la cadena a la que ellos iban encadenados y que no había forma de romper. El odio había templado su fuerza de niño. Él, el ignorante, era más fuerte que ellos dos, a

los que el secreto ataba las manos.

LOS MENTISOSOS

Pero el tiempo apremiaba. Al barón no le quedaban muchos días y tenía que aprovecharlos. Ofrecer resistencia a la obstinación del irritado chiquillo era, lo sabían, inútil, de modo que echaron mano del último recurso, el más deshonesto, la huida, para sustraerse sólo durante una o dos horas a su tiranía.

—Lleva estas cartas certificadas a Correos —le dijo a Edgar su madre.

Estaban los dos en el vestíbulo. Afuera, el barón hablaba con un cochero.

Receloso, Edgar tomó ambas cartas. Había observado que hasta entonces su madre confiaba cualquier misiva a un criado. ¿Tramaban algo contra él? Vaciló.

—¿Dónde me esperarás?

—Aquí.

—¿Seguro? —Sí.

—¡Pero no te vayas! ¿De modo que vas a esperar aquí en el vestíbulo hasta que yo vuelva?

Consciente de su superioridad, hablaba ya a su madre en un tono imperioso. Desde hacía un par de días había cambiado mucho.

Después se alejó con las dos cartas. En la puerta se chocó con el barón, a quien por primera vez después de dos días le dirigió la palabra.

—Sólo voy a llevar estas dos cartas a Correos. Mi madre esperará hasta que vuelva. Hágame un favor, no se marchen antes.

El barón se hizo a un lado con rapidez.

—Sí, sí, esperaremos.

Edgar se precipitó en dirección a la oficina de Correos. Tuvo que esperar. Un señor, por delante de él, planteó un montón de fastidiosas preguntas. Por fin pudo librarse del encargo e inmediatamente corrió con los recibos de vuelta al hotel. Llegó justo a tiempo para ver cómo su madre y el barón se alejaban de allí en un carruaje.

Se quedó petrificado por la rabia. Poco le faltó para agacharse y lanzarles una piedra. De modo que se le habían escapado, ¡pero con qué mentira más vulgar, más miserable! Que su madre mentía, lo sabía desde ayer, pero que podía ser tan descarada como para menospreciar una promesa, eso hizo pedazos el último resto de confianza que le quedaba. Ya no entendía nada de la vida, desde que viera que las palabras, tras las que había supuesto que se encontraba la realidad, no eran más que burbujas de colores que se hinchaban y reventaban sin

dejar rastro. Pero, ¿qué terrible secreto era aquel que empujaba a las personas mayores a engañarle a él, un niño, y a desaparecer como criminales? En los libros que había leído, los hombres mataban y engañaban para conseguir dinero, para hacerse con el poder o con un reino. Pero aquí, ¿cuál era el motivo? ¿Qué era lo que querían aquellos dos? ¿Por qué se escondían de él? ¿Qué trataban de ocultar bajo cientos de mentiras? Se devanaba los sesos. Oscuramente se daba cuenta de que aquel misterio era el cerrojo de la niñez, que haberlo conquistado suponía ser un adulto, al fin. Al fin, un hombre. ¡Ah, comprenderlo! Pero ya no era capaz de pensar con claridad. La rabia que sentía porque se le hubieran escapado abrasaba y enturbiaba su inocente mirada.

Corrió hacia el bosque. Precisamente en la oscuridad podría salvarse, donde nadie le viera, y allí estalló en un torrente de ardientes lágrimas. «Mentirosos, perros, impostores, canallas». Tuvo que gritar aquellas palabras en voz alta, si no se habría ahogado. La ira, la impaciencia, la indignación, la curiosidad, el desvalimiento y la traición de los últimos días, reprimidos en pueril combate, en la ilusión de haberse hecho mayor, hacían que el pecho le estallara, y se convirtieron en lágrimas. Era el último lloro de su niñez, la última vez que lloraba de aquella forma salvaje. Por última vez se entregó, como una mujer, a la voluptuosidad de las lágrimas. En aquella hora de rabia incontrolada echó fuera de sí, en forma de llanto, todo lo que llevaba dentro: la confianza, el amor, la credulidad, el respeto... Toda su niñez.

El muchacho que entonces regresó al hotel era diferente. Era frío y actuaba con premeditación. Primero subió a su habitación, se lavó cuidadosamente la cara y los ojos, para no conceder a aquellos dos el triunfo de ver las huellas de sus lágrimas. Después preparó el ajuste de cuentas y esperó con paciencia, sin la menor inquietud.

El vestíbulo estaba muy concurrido cuando el carruaje con los dos fugitivos se detuvo de nuevo frente al hotel. Unos caballeros jugaban al ajedrez, otros leían el periódico. Las damas charlaban. Entre ellos, un poco pálido y con la mirada temblorosa, se había sentado el niño. Cuando su madre y el barón se acercaron a la puerta, un poco avergonzados al verle tan repentinamente, cuando quisieron balbucear la excusa que traían preparada, él les salió al encuentro erguido y sereno y, desafiante, dijo:

—Señor barón, quisiera decirle algo.

El barón se sintió incómodo. Le pareció que en cierto modo le habían atrapado.

—Sí, sí, después. En seguida.

Pero Edgar subió la voz y, de manera clara y cortante, para que todos a su alrededor pudieran oírlo, dijo:

—Pero quiero hablar con usted ahora. Se ha comportado usted de un modo indigno. Me ha mentido. Usted sabía que mi madre me estaba esperando y se

han...

—¡Edgar! —gritó la madre, que vio que todas las miradas se dirigían hacia ella, y se abalanzó sobre él.

Pero el niño ahora, al ver que trataban de acallar sus palabras, se puso a dar gritos:

—Se lo diré otra vez, delante de todo el mundo. Ha mentido usted de una manera infame, y eso es vulgar, mezquino.

El barón estaba pálido. La gente le miraba. Algunos sonreían.

La madre agarró al niño, que temblaba de excitación.

—Sube en seguida a tu cuarto o te azotaré aquí delante de todo el mundo — balbució con voz ronca.

Pero Edgar ya se había tranquilizado. Se arrepentía de haber actuado de forma tan apasionada. Estaba descontento consigo mismo, porque en el fondo le hubiera gustado desafiar al barón con frialdad, pero la rabia había sido más impetuosa que su voluntad. Tranquilo, sin precipitación, se dirigió hacia las escaleras.

—Señor barón, disculpe su impertinencia. Ya sabe usted que es un niño nervioso —dijo la madre tartamudeando, confundida por las miradas un tanto burlonas de las personas a su alrededor.

Nada en el mundo le resultaba más horrible que un escándalo. Sabía que debía mantener la compostura. En lugar de emprender la huida de inmediato, se dirigió en primer lugar hacia el portero, le preguntó si había alguna carta y otras cosas de poca importancia y después subió, como si no hubiera ocurrido nada. Pero tras ella se escuchó el murmullo de una ligera estela de cuchicheos y risas contenidas.

De camino hacia su habitación, moderó sus pasos. Siempre se había sentido desamparada frente a las situaciones críticas, y ante aquel enfrentamiento lo que tenía era miedo. No podía negar que era culpable. Además, temía la mirada del niño, aquella mirada nueva, desconocida, tan extraña, que la paralizaba y la hacía sentir insegura. Por temor, decidió intentarlo con dulzura, pues en un combate, de eso estaba convencida, aquel niño excitado sería ahora el más fuerte.

Sin hacer ruido abrió la puerta. El chico estaba allí sentado, sereno, frío. Los ojos, que levantó hacia ella, no mostraban ningún miedo, ni siquiera curiosidad. Parecía muy seguro.

—Edgar —empezó a decir, en el tono más maternal que le fue posible—. ¿Qué es lo que te ha ocurrido? Me he avergonzado de ti. ¿Cómo puedes ser tan impertinente, un niño como tú con un adulto? Te disculparás de inmediato ante el señor barón.

Edgar miró por la ventana. El «no» lo dijo también para los árboles. Su aplomo empezó a extrañarla.

—Edgar, ¿qué es lo que te pasa? Estás tan cambiado... No te reconozco. Siempre has sido un niño sensato y obediente, con el que se podía hablar. Y de pronto te comportas como si se te hubiera metido el diablo en el cuerpo. ¿Qué es lo que tienes contra el barón? Si te caía muy bien. Ha sido siempre tan cariñoso contigo...

—Sí, porque quería conocerte.

Se sintió incómoda.

—¡Tonterías! ¿En qué estás pensando? ¿Cómo puedes decir una cosa así?

Pero ahora el niño se enfureció.

—Es un mentiroso, un falso. Todo lo que hace está calculado y es rastro. Quería conocerte, por eso se mostró amable conmigo y me prometió un perro. No sé lo que te habrá prometido a ti, ni por qué se muestra amable contigo, pero también quiere algo de ti, mamá. Seguro. Si no, no sería tan atento ni tan amable. Es una mala persona. Miente. Observa por una vez la mirada tan falsa que tiene. Le odio. Odio a ese mezquino embustero, a ese canalla...

—Pero, Edgar, ¿cómo se puede decir una cosa así?

Estaba confusa y no sabía qué decir. En su interior surgía un sentimiento que daba la razón al niño.

—Sí, es un canalla. En eso no me dejaré disuadir. Tienes que verlo tú misma. ¿Por qué tiene miedo de mí? ¿Por qué se esconde de mí? Porque sabe que le ha adivinado las intenciones, que le conozco, a ese canalla...

—¿Cómo se puede decir algo así? ¿Cómo se puede decir algo así?

Se le había secado el cerebro, sólo los labios, exangües, balbucían una y otra vez la misma frase. De pronto empezó a sentir un miedo atroz, sin saber en el fondo si del barón o del niño.

Edgar vio que su reconvención surtía efecto. Y le sedujo la idea de ganársela, de tener un compañero en el odio, en la hostilidad hacia él. Todo ternura, se acercó a su madre, la abrazó, y su voz se volvió aduladora por la excitación.

—Mamá —dijo—, tienes que haberte dado cuenta tú misma de que no quiere nada bueno. Te ha hecho ser completamente distinta. Tú has cambiado, no yo. El te ha azuzado contra mí, únicamente para tenerte para él solo. Seguro que quiere engañarte. No sé lo que te ha prometido. Sólo sé que no cumplirá su palabra. Deberías guardarte de él. El que engaña a uno, engaña también a otro. Es una mala persona. No se debe confiar en él.

A la madre aquella voz, tierna y casi deshecha en lágrimas, le sonó como si surgiera de su propio corazón. Desde ayer había despertado en su interior una sensación de disgusto que le decía lo mismo. Cada vez con mayor insistencia. Pero se avergonzaba de darle la razón a su propio hijo. Y como tantos, huyendo de la confusión de un sentimiento aplastante, se escudó en la rudeza de la expresión. La madre se irguió.

—Los niños no entienden una cosa así. No debes inmiscuirte en esos asuntos.

Tienes que comportarte como es debido. Eso es todo.

El rostro de Edgar volvió a quedarse helado.

—Como quieras —dijo inflexible—. Yo te he advertido.

—¿De modo que no te vas a disculpar?

—No.

Se hallaban el uno frente al otro, en actitud belicosa. La madre se dio cuenta de que se trataba de su autoridad.

—Entonces comerás aquí arriba. Solo. Y no vendrás a sentarte a nuestra mesa hasta que no te hayas disculpado. Yo te enseñaré a tener modales. No te moverás de la habitación hasta que yo no te dé permiso. ¿Has entendido?

Edgar sonrió. Aquella sonrisa taimada parecía ir unida a sus labios. Por dentro se sentía furioso consigo mismo. ¡Qué necio por su parte, haber permitido una vez más que el corazón se le escapara y haber querido advertirla a ella, a la embustera!

La madre salió de la habitación, sin mirarle siquiera. Temía aquella mirada incisiva. El niño le resultaba molesto desde que se dio cuenta de que mantenía los ojos abiertos y de que le decía justamente lo que ella no quería saber ni escuchar. Le resultaba espantoso ver que una voz interior, su conciencia, desgajada de sí misma, disfrazada de niño, vagando por ahí como su propio hijo, la advertía, se burlaba de ella. Hasta ahora aquel niño no había sido en su vida más que un adorno, un juguete, algo querido y que inspiraba confianza, tal vez en ocasiones una carga, pero siempre algo que marchaba en la misma corriente, al mismo ritmo que su vida. Por primera vez, hoy se había rebelado, porfiando contra su voluntad. Algo parecido al odio se mezclaba ahora en el recuerdo de su hijo.

Y sin embargo, mientras bajaba las escaleras, un poco cansada, la voz del niño sonó en su propio pecho. «Deberías guardarte de él». La reconención no se dejaba acallar. En ese momento, al pasar, un espejo brilló frente a ella. Indecisa, se miró en él, intensamente, hasta que vio que los labios se entreabrían en una sonrisa y que se redondeaban como para pronunciar una peligrosa palabra. En el interior seguía resonando la voz, pero ella alzó los hombros, como sacudiéndose de encima todos aquellos escrúpulos invisibles, ofreció al espejo una mirada luminosa, recogió el vestido y bajó las escaleras con el gesto decidido de un jugador que, tintineando, hace rodar sobre la mesa su última moneda de oro.

HUELLAS A LA LUZ DE LA LUNA

El camarero que subió la cena a Edgar, que se encontraba arrestado en su cuarto, cerró la puerta. Tras él se oyó el restallido del cerrojo. El niño se levantó furioso. Evidentemente era por encargo de su madre por lo que se le confinaba como si fuera un animal dañino. Hosco, se retorció, tratando de salir de su interior.

«¿Qué ocurrirá allá abajo, mientras yo estoy aquí encerrado? ¿Qué tramarán ahora esos dos? ¿Sucederá ahora lo que me ocultan y me lo voy a perder? ¡Ah, ese secreto que percibo siempre en todas partes cuando me encuentro entre personas mayores, el que hace que cierren las puertas por la noche, que bajen la voz si entro de improviso, ese gran secreto, que desde hace unos días siento tan cerca, al alcance de la mano, sin que todavía lo pueda asir! ¡Qué no habré hecho ya para comprenderlo! Tiempo atrás le robé libros a mi padre del escritorio y los leí, y todas aquellas cosas extrañas estaban allí, sólo que yo no las entendí. Tiene que haber algún sello, que primero hay que romper para descubrirlo, tal vez en mí, tal vez en los demás. Le pregunté a la doncella, le rogué que me explicara aquellos pasajes que aparecían en los libros, pero se rió de mí. Es terrible ser niño, estar lleno de curiosidad y no poder preguntarle a nadie, quedar siempre en ridículo frente a los mayores, como si fuera uno tonto o un inútil. Pero me enteraré, presiento que pronto lo sabré. ¡Ya tengo una parte en mis manos, y no desistiré hasta poseerlo por completo!».

Escuchó a ver si se acercaba alguien. Un ligero viento cruzaba allí fuera entre los árboles, y las ramas quebraban el rígido espejo de la luz de la luna en centenares de vacilantes fragmentos.

«No puede ser nada bueno lo que se proponen esos dos, porque de serlo no habrían recurrido a tan deplorables mentiras para mantenerme alejado. Seguro que ahora se están riendo, malditos. Por haberse librado al fin de mí, pero yo reiré el último. Qué necio he sido al dejarme encerrar aquí arriba, al concederles unos segundos de libertad, en lugar de pegarme a ellos y acechar cada uno de sus movimientos. Pero sé que los mayores son descuidados, y que se traicionarán ellos mismos. Siguen creyendo que somos pequeños y que por la noche siempre estamos durmiendo. Olvidan que uno se puede hacer el dormido y escuchar, que uno se puede hacer el tonto y ser muy listo. Hace poco, cuando mi tía tuvo un niño, ellos hacía tiempo que lo sabían y delante de mí se hicieron los asombrados, como si les hubiera cogido por sorpresa. Pero yo también lo sabía, porque les

había oído hablar, semanas antes, por la noche, cuando creían que estaba dormido. Y así también esta vez les sorprenderé, a esos miserables. Ah, si pudiera fisgar a través de la puerta, verles ahora sigilosamente, cuando se creen seguros. ¿Y si llamara? Vendría la doncella, abriría la puerta y me preguntaría qué es lo que quiero. O también podría hacer ruido, romper algún cacharro, entonces también abrirían. Y en ese momento podría escurrirme hasta abajo y espiarles. Pero, no, no quiero hacer eso. Nadie debe ver el modo tan indigno en que me tratan. Soy demasiado orgulloso. Mañana haré que me las paguen».

Abajo se oyó una risa de mujer. Edgar se sobresaltó: podría ser su madre. Tenía motivos para reírse, para burlarse de él, del pequeño, desamparado, tras el que se echaba la llave cuando resultaba molesto, al que se arrojaba en un rincón como un hatillo de ropa húmeda. Con precaución, se asomó a la ventana. No, no era ella, sino unas muchachas desconocidas y arrogantes que se mofaban de un chico.

Entonces, en aquel momento, se dio cuenta de que su ventana no estaba a mucha altura del suelo. Y ya, sin que él apenas se diera cuenta, estaba allí el pensamiento: saltar, ahora, cuando ellos se sentían del todo seguros, espiarlos. Deliraba de alegría por haber tomado aquella decisión. Le pareció como si con ello tuviera entre las manos el misterio, inmenso y resplandeciente, de la niñez. «Saltar, saltar», temblaba en su interior. No había ningún peligro. Nadie pasaba por allí. De modo que saltó. La gravilla crujió, pero nadie lo oyó.

En aquellos dos días, el rastrear, el acecho, se había convertido en el placer de su vida. Y ahora, mezclado con un ligero estremecimiento de miedo, sintió el que le producía escurrirse en torno al hotel sin hacer ruido, evitando con cuidado el fuerte reflejo de las farolas encendidas. Primero miró, con la mejilla pegada al cristal, hacia el interior del comedor. El lugar en el que solían reunirse estaba vacío. Después siguió fisgando, de una ventana a otra. No se atrevió a meterse en el hotel, por miedo a encontrarse con ellos en algún pasillo. No se les veía por ninguna parte. Ya empezaba a dudar, cuando vio dos sombras que salían por la puerta. Se echó hacia atrás y se agachó en la oscuridad. Salían su madre y su inevitable acompañante. De modo que había llegado en el momento justo. ¿De qué hablaban? No podía entenderlo. Conversaban en voz baja, y el viento, demasiado bullicioso, resonaba entre los árboles. Pero ahora se oyó una risa. La voz de su madre. Era una risa que él no conocía. Una risa particularmente aguda, como si le estuvieran haciendo cosquillas, como si estuviera nerviosa. Aquella risa le pareció extraña y se asustó. Su madre se reía, de modo que lo que le ocultaba no podía ser algo muy grande e impetuoso. Edgar estaba un poco decepcionado.

Pero, ¿por qué abandonaban el hotel? ¿Adónde se dirigían completamente solos y por la noche? Allá arriba debían de correr vientos con alas inmensas, porque el cielo, hacía un momento limpio e iluminado por la luna, volvía a estar

oscuro. Unos trapos negros, arrojados por manos invisibles, envolvían de vez en cuando la luna, y la noche se tornaba entonces tan impenetrable que apenas se podía ver el camino. Pero pronto volvía a brillar, en cuanto la luna se liberaba. Plata fría goteaba entonces sobre el paisaje. Aquel juego entre la luz y las sombras resultaba misterioso, y tan excitante como el de una mujer que tan pronto se desnuda como se cubre. Justo entonces el paisaje volvió a descubrir su cuerpo brillante. Edgar vio atravesadas en el camino las siluetas que avanzaban, mejor dicho, una silueta, así de juntos caminaban, como si un recelo interior les empujara a hacerlo. Pero, ¿adónde iban ahora? Los pinos susurraban. En el bosque había una inquietante actividad, como si allí dentro se agitara una infernal cacería. « Les sigo », pensó Edgar. « No pueden oír mis pasos con el alboroto del viento y del bosque ». Y mientras ellos avanzaban por el camino ancho e iluminado, continuó saltando del tronco de un árbol al siguiente, sin hacer ruido, de una sombra a otra. Les siguió obstinado e implacable, bendiciendo al viento, que hacía que sus pasos fueran imperceptibles, y al mismo tiempo maldiciéndolo, porque se llevaba sus palabras.

Sólo si pudiera escuchar su conversación, estaría seguro de poseer el secreto.

Los otros dos, allí delante, caminaban sin sospechar nada. Se sentían dichosos por estar solos en mitad de aquella noche inmensa y revuelta, y en su creciente excitación se perdieron. Nada les hacía sospechar que allí detrás, en aquella oscuridad tan intrincada, había alguien que seguía cada uno de sus pasos y que dos ojos los mantenían cercados con toda la fuerza del odio y de la curiosidad. De pronto se pararon. También Edgar se detuvo en seguida y se apretó aún más contra un árbol. Le acometió un repentina ansiedad. ¿Qué pasaría si ahora se daban la vuelta y llegaban al hotel antes que él, si no conseguía ponerse a salvo en su cuarto y su madre lo encontraba vacío? Entonces todo estaría perdido. Entonces sabrían que les había vigilado y nunca más podría contar con arrebatarles el secreto. Pero ambos vacilaron. Sin duda se trataba de una diferencia de opiniones. Por suerte la luna brillaba y Edgar pudo verlo todo claramente. El barón señaló una vereda oscura y estrecha, que bajaba hacia el valle, donde la luna no arrojaba como aquí un amplio torrente de luz, sino únicamente filtraba algunas gotas y unos extraños rayos entre la espesura. « ¿Por qué querrá ir hacia allí? ». Edgar se estremeció. Su madre parecía decir que « no », pero el otro insistía. Edgar pudo percibir, por la forma en que gesticulaba, la urgencia con la que hablaba. Al niño le embargó el miedo. ¿Qué es lo que quería aquel hombre de su madre? ¿Por qué aquel canalla trataba de arrastrarla hacia la oscuridad? De sus libros, en los que para él se encontraba el mundo, le vinieron de repente vivos recuerdos de asesinatos y secuestros, de lúgubres crímenes. Estaba seguro. Quería asesinarla. Y por eso a él le había mantenido alejado y a ella la había atraído sola hasta aquí. ¿Debía gritar pidiendo socorro? ¡Asesino! El grito ya se encontraba en lo más alto de su garganta, pero los labios

estaban secos y no profirieron ni un sonido. Sus nervios se tensaron por la excitación. Apenas podía tenerse en pie. Aterrado, buscó un asidero... Una rama crujió bajo sus manos.

Los otros dos se volvieron atemorizados y observaron la oscuridad. Edgar permaneció en silencio, apoyado en el árbol, con los brazos pegados al cuerpo, agazapado en las sombras. Se hizo un silencio de muerte. Pero sí, aquellos dos parecían asustados.

—Regresemos —oyó que decía su madre.

Su voz sonaba angustiada. El barón, que al parecer también se sentía intranquilo, accedió. Ambos caminaron de vuelta lentamente y muy pegados el uno al otro. Su apocamiento hizo feliz a Edgar. A cuatro patas, agazapado en el suelo, se arrastró, arañándose las manos hasta hacerse sangre, hacia el recodo del bosque, y desde allí corrió a toda velocidad, de forma que se le cortaba la respiración, hasta el hotel. Allí subió a la habitación de un par de saltos. Por suerte, la llave con la que le habían encerrado estaba por fuera. La giró, se lanzó dentro del cuarto y se tumbó en la cama. Necesitaba descansar unos minutos, porque el corazón latía desenfrenadamente contra su pecho, como un badajo en la sonora pared de una campana.

Después se atrevió a levantarse, se apostó en la ventana y esperó a que llegaran. Tardaban mucho. Tenían que estar caminando muy, pero que muy lentamente. Con cuidado atisbo desde el marco sumido en la oscuridad. Se acercaban despacio, con la luz de la luna sobre sus vestidos. En medio de aquella claridad verde parecían dos seres espectrales, y de nuevo le sobrecogió un dulce espanto al pensar en el horrible incidente que había evitado con su presencia y si realmente sería un asesino. Vio los rostros blancos como la tiza. En el de su madre había una expresión de embeleso, que él no conocía. En cambio, él parecía rígido y contrariado. Evidentemente porque su propósito había fracasado.

Ya se encontraban muy cerca. Poco antes de llegar al hotel, sus figuras se separaron. ¿Podrían verle? No. Ninguno de los dos miró hacia arriba. «Se han olvidado de mí», pensó el niño con una rabia reconcentrada, con una sensación de secreto triunfo. «Pero yo de vosotros no. Creéis que estoy dormido o que no estoy en el mundo, pero vais a ver lo equivocados que estáis. Controlaré cada uno de vuestros pasos, hasta que le haya arrebatado a ese canalla el terrible secreto que no me deja dormir. Haré pedazos vuestra alianza. No duermo».

Ambos se acercaron hacia la puerta, despacio. Y en el momento en el que entraban, el uno detrás del otro, sus siluetas volvieron a fundirse por un segundo y, formando una única franja negra, su sombra desapareció bajo la puerta iluminada. Después el terreno que se extendía ante el edificio volvió a brillar a la luz de la luna, como si fuera una amplia pradera cubierta de nieve.

ELATAQUE

Respirando profundamente, Edgar se apartó de la ventana sacudido por el espanto. En toda su vida no se había encontrado así de cerca de algo tan enigmático. El mundo de las emociones, de la excitante aventura, aquel mundo de asesinatos y engaños de sus libros había estado siempre, a su modo de ver, allí donde se encontraban los cuentos, muy por detrás de los sueños, en el ámbito de lo irreal e inalcanzable. Pero ahora de pronto él parecía haberse metido en medio de aquel mundo atroz, y todo su ser se vio sacudido por la fiebre ante un encuentro tan inesperado. ¿Quién era aquel hombre, misterioso, que había irrumpido de pronto en su pacífica vida? ¿Era realmente un asesino que buscaba siempre los lugares apartados y que quería arrastrar a su madre hacia la oscuridad? Parecía que les esperaba algo horrible. No sabía qué hacer. Mañana, de eso estaba seguro, escribiría a su padre. O le pondría un telegrama. Pero, ¿no podría ocurrir ahora, aquella noche? Su madre aún no había subido a la habitación. Todavía estaba con aquel hombre odioso, desconocido.

Entre la puerta interior y la de fuera, una puerta falsa, fácil de abrir, había un estrecho espacio, no mucho mayor que el interior de un armario ropero. Allí, en aquella oscuridad de un palmo de ancho, se apretujó, para acechar sus pasos en el corredor, pues no quería dejarla sola ni un instante, eso había decidido. El corredor ahora que era medianoche estaba vacío, tan sólo iluminado débilmente por una única vela.

Al fin —los minutos se alargaban para él de un modo espantoso— oyó unos pasos precavidos que se acercaban. Escuchó con atención, agotado. No se trataba de pasos rápidos, como cuando alguien quiere irse directamente a su cuarto, sino de pasos arrastrados, vacilantes, muy lentos, como si ascendieran por un camino interminable, difícil y empinado. Una y otra vez se oía cómo se detenían, y un cuchicheo. Edgar temblaba de excitación. ¿Eran al fin ellos dos? ¿Seguía estando su madre con él? El cuchicheo era demasiado lejano. Pero los pasos, aun cuando todavía vacilantes, se acercaban cada vez más. Y ahora de pronto oyó la odiosa voz del barón que, en voz baja y ronca, decía algo que no entendió. Y justo después la de su madre, ofreciendo una rápida resistencia.

—¡No, hoy no! No.

Edgar temblaba. Se acercaban, y él podría oírlo todo. Cada uno de aquellos pasos que avanzaban hacia él, aunque no hacían el más mínimo ruido, le dolía en

el pecho. Y la voz, la voz ávida y asquerosa de aquel hombre al que aborrecía, le pareció muy desagradable.

—No sea usted cruel. Ha sido usted tan buena esta noche.

Y la otra replicaba:

—No, no debo. No puedo. Suélteme.

Había tanto miedo en la voz de su madre, que el niño se estremeció. ¿Qué es lo que quiere él? ¿Por qué se asusta ella? Han llegado ya tan cerca que tienen que estar justo delante de la puerta. Justo detrás de ellos, se encuentra el niño, temblando, invisible, a tan sólo un palmo de distancia, protegido únicamente por el delgado entrepaño. Las voces están ahora tan cerca que se oye la respiración.

—¡Venga usted, Mathilde! ¡Venga!

Una vez más oyó a su madre gemir. Ahora más débil, con una resistencia que iba perdiendo las fuerzas.

Pero, ¿qué ocurre? Han seguido avanzando en la oscuridad. Su madre no ha entrado en la habitación, ¡ha pasado de largo! ¿Adónde la arrastra? ¿Por qué ella ya no habla? ¿Le ha puesto una mordaza? ¿Le está apretando la garganta? Estos pensamientos le vuelven loco. Con mano temblorosa abre una rendija en la puerta. Ahora los ve a los dos en el oscuro pasillo. El barón le ha pasado un brazo a su madre en torno a las caderas y en silencio la aleja de allí. Ella parece haber cedido ya. « Quiere llevársela ». El niño se asusta. « Ahora se dispone a hacer algo atroz ».

Un brutal empujón, abre la puerta y se lanza detrás de ellos. Su madre grita al ver que en la oscuridad algo se abalanza sobre ella y está a punto de perder el conocimiento, sostenida con esfuerzo por el barón, que en ese instante siente un pequeño y débil puño en su cara, un puño que le golpea con fuerza en los labios, contra los dientes, algo que le araña el cuerpo como si fuera un gato. Suelta a la mujer que, despavorida, huye de allí rápidamente, y con el puño empieza a propinar golpes ciegos, sin saber de qué se defiende.

El niño es consciente de que es el más débil, pero no se rinde. Al fin. Al fin se presenta el momento por el que ha suspirado durante tanto tiempo. El momento de descargar con pasión todo el amor traicionado, el odio que ha ido acumulando. Golpea con sus pequeños puños, mordiéndose los labios, con una inquina febril, insensata. También el barón acaba de reconocerle, también él está lleno de odio hacia ese furtivo espía que le ha amargado los últimos días y le ha echado el juego a perder. Devuelve los golpes con fuerza, donde alcance. Edgar gime, pero no le suelta, ni grita pidiendo socorro. Mudos, con saña, pelean durante un minuto en el pasillo sumido en la oscuridad de la medianoche. Poco a poco el barón se da cuenta de lo ridículo de su lucha con un chiquillo y le agarra con fuerza para hacerlo a un lado. Pero Edgar, sintiendo cómo ceden sus músculos y sabiendo que al instante siguiente será el vencido, el que se llevará los golpes, clava los dientes con una furia salvaje en esa mano fuerte y firme que trata de sujetarle

del cuello. Sin querer, el barón deja escapar un grito sordo y le suelta durante un segundo, momento que el niño aprovecha para huir a su habitación y echar el cerrojo.

Esa batalla de medianoche sólo ha durado un minuto. No hay nadie, ni a la derecha ni a la izquierda. Todo está en silencio. Todo parece sumido en el sueño. El barón se limpia la sangre de la mano con un pañuelo. Intranquilo, atisba la oscuridad. Nadie ha estado escuchando. Sólo allá arriba parpadea —y se le antoja una ironía— una última e inquieta llama.

TORMENTA

« ¿Ha sido un sueño, una pesadilla? », se preguntaba Edgar a la mañana siguiente, cuando con el cabello revuelto despertó saliendo de un laberinto de miedo. Un sordo retumbar le torturaba la cabeza. En los miembros, una sensación de entumecimiento, como si fueran de madera. Y ahora, cuando bajó la vista para contemplar su cuerpo, con un sobresalto se dio cuenta de que aún estaba vestido. Se levantó de un brinco, llegó tambaleando hasta el espejo y, al ver su rostro pálido, descompuesto, con una roncha rojiza e hinchada en la frente, se estremeció. Hizo un esfuerzo por ordenar sus ideas y, alarmado, se acordó de todo, de la pelea nocturna, allí fuera, en el pasillo, de cómo se abalanzó después hacia su cuarto y de cómo se echó vestido en la cama, temblando febril y dispuesto a huir. Entonces debió de quedarse dormido, cayendo en aquel letargo fulminante, en cuyos sueños había vuelto a revivir todo aquello, sólo que de una manera distinta, aún más horrible, con un húmedo olor a sangre fresca, manando.

Abajo se oyeron unos pasos que hicieron rechinar la gravilla y unas voces que se elevaron hasta allá arriba como si fueran pájaros invisibles. El sol se colaba hasta el fondo de la habitación. Debía de ser una hora avanzada de la mañana, pero el reloj, que consultó asustado, indicaba que era medianoche. En su excitación, el día anterior había olvidado darle cuerda. Y aquella incertidumbre, aquella sensación de estar suspendido, aislado en algún punto del tiempo, reforzada por la de no saber a ciencia cierta qué era lo que había ocurrido, le inquietó. Se recompuso rápidamente y se dirigió a la planta baja, vacilante y con un ligero sentimiento de culpa en el corazón.

En la sala del desayuno su madre estaba sentada, sola, a la mesa de costumbre. Edgar respiró aliviado al ver que su amigo no se encontraba allí, por no tener que contemplar su odiado rostro, sobre el que ayer había descargado toda la ira de sus puños. Y sin embargo, al acercarse a la mesa, se sintió inseguro.

—Buenos días —saludó.

Su madre no contestó. Ni siquiera levantó la vista. Con las pupilas extraordinariamente rígidas, se limitó a contemplar el paisaje en la lejanía. Estaba muy pálida. Tenía una ligera sombra en torno a los ojos y en las aletas de la nariz aquel temblor nervioso que revelaba su excitación. Edgar se mordió los labios. Aquel silencio le confundía. En realidad no estaba seguro de si el día

anterior había herido gravemente al barón, ni si ella después de todo podía saber algo de aquella refriega nocturna. Y aquella incertidumbre le torturaba. Pero el rostro de su madre permaneció tan impassible que renunció a mirarla, por miedo a que aquella mirada hundida pudiera saltar de pronto de debajo de los párpados y atraparle. Permaneció callado y no se atrevió siquiera a hacer ruido. Con mucho cuidado levantó la taza y volvió a colocarla en su sitio, mirando de manera furtiva los dedos de su madre, que, nerviosos, jugueteaban con la cucharilla y que en su crispación delataban una cólera encubierta. Durante un cuarto de hora siguió así sentado, con la bochornosa sensación de estar esperando algo que no llegaba. Pero no soltó una sola palabra, ni una. Y cuando su madre, que parecía que aún no había notado su presencia, se puso en pie, no supo lo que debía hacer: si quedarse sentado solo a la mesa o seguirla. Finalmente se levantó y fue tras ella, sumiso. Su madre le ignoraba a propósito y él se daba cuenta de lo ridículo que resultaba ir tras ella. Fue acortando sus pasos cada vez más, para quedarse rezagado, y ella, sin reparar en él, se marchó a su habitación. Cuando Edgar llegó, se encontró la puerta cerrada.

¿Qué había ocurrido? No se reconocía a sí mismo. La sensación de seguridad del día anterior le había abandonado por completo. ¿Es que al final se había equivocado con aquel ataque? ¿Preparaban ellos un castigo para él o una nueva humillación? Tenía que suceder algo, de eso estaba convencido. Algo terrible tenía que ocurrir muy pronto. Sobre ellos se cernía el bochorno de la tormenta que se avecinaba, la tensión eléctrica entre dos polos, que habría de descargar en forma de rayo. Y el lastre de aquellos presentimientos tuvo que soportarlo él solo durante cuatro horas, arrastrándolo de sala en sala, hasta que sus estrechos hombros de niño se derrumbaron bajo aquel peso invisible, y al mediodía, humilde, se acercó a la mesa.

—Buenos días —volvió a decir. Tenía que romper aquel silencio terrible, amenazador, que se cernía sobre él como una nube negra.

Una vez más la madre no contestó. Una vez más miró a otro lado. Y con un nuevo estremecimiento Edgar sintió que se encontraba frente a una rabia reflexiva, concentrada, una rabia como no la había visto en toda su vida. Hasta entonces las peleas tan sólo habían sido arrebatos de cólera de los nervios, no de los sentimientos, que se evaporaban rápidamente con una sonrisa de reconciliación. Pero esta vez se daba cuenta de que había extraído un sentimiento salvaje de lo más hondo de su ser y, frente a aquella fuerza conjurada de manera tan imprudente, se asustó. Apenas se atrevió a comer. De su garganta brotaba algo seco, que amenazaba con ahogarle. Su madre parecía no notar nada. Sólo ahora, al levantarse, se dio la vuelta como por casualidad y dijo:

—Sube después a la habitación, Edgar. Tengo que hablar contigo.

No parecía amenazante, pero sí de un frío glacial, con lo que Edgar sintió que las palabras le hacían estremecerse, como si de pronto le hubieran puesto una

cadena de hierro en torno al cuello. Su obstinación estaba aplastada. En silencio, como un perro apaleado, siguió a su madre hasta la habitación.

Ella prolongó el tormento, guardando silencio unos cuantos minutos. Unos minutos durante los cuales se oyó el compás de la manecilla del reloj, a un niño que reía allí fuera e incluso los latidos del corazón en el pecho. Pero también ella debía de sentir una enorme inquietud, porque no le miró cuando al fin le dirigió la palabra, sino que le dio la espalda.

—No quiero volver a hablar acerca de tu comportamiento de ayer. Fue inaudito, y ahora, cuando pienso en ello, me avergüenzo. Tendrás que atenerte a las consecuencias. Ahora sólo quiero decirte que ha sido la última vez que te permito estar solo entre adultos. Acabo de escribirle a tu padre para que se te ponga un preceptor o se te envíe a un internado, para que aprendas a comportarte. No volveré a enfadarme contigo.

Edgar permaneció con la cabeza baja. Presentía que aquello no era más que una introducción, una amenaza, y esperó, alarmado, a que llegara lo definitivo.

—Ahora mismo vas a pedirle disculpas al barón.

Edgar dio un respingo, pero su madre no permitió que la interrumpiera.

—El barón se ha marchado hoy, y vas a escribirle una carta que yo te dictaré.

Edgar se revolvió de nuevo, pero su madre se mantuvo firme.

—Ni una réplica. Ahí tienes papel y tinta. Siéntate.

Edgar levantó la vista. Los ojos de su madre se habían endurecido por la inquebrantable determinación. Jamás la había visto así, tan firme y tan serena. Sintió miedo. Se sentó, cogió la pluma, pero inclinó la cabeza hasta casi rozar la mesa con la cara.

—Arriba, la fecha. ¿Estamos? Sobre el encabezamiento, una línea en blanco. ¡Así! «Muy distinguido señor barón». Otra línea en blanco. «Acabo de enterarme, para mi disgusto», ¿lo tienes?, «para mi disgusto, de que se ha marchado usted ya de Semmering». Semmering con dos emes. «De modo que me veo precisado a hacer por escrito lo que me disponía a hacer personalmente, esto es...». Un poco más rápido. No es necesario que hagas caligrafía. «A pedirle disculpas por mi comportamiento de ayer. Como ya le habrá dicho mi madre, aún estoy convaleciente de una grave enfermedad y soy muy excitable. A menudo veo las cosas de un modo exagerado, de lo que me arrepiento al momento siguiente...»

La espalda encorvada sobre la mesa se enderezó. Edgar se dio la vuelta. Su terquedad despertaba de nuevo.

—Eso no lo escribo. ¡No es verdad!

—¡Edgar!

El tono de su voz era amenazador.

—No es cierto. Yo no he hecho nada de lo que deba arrepentirme. No he

hecho nada malo, nada por lo que tenga que disculparme. Yo sólo acudí en tu ayuda cuando gritaste pidiéndola.

Los labios de la madre palidecieron. Las aletas de su nariz se tensaron.

—¿Que yo grité pidiendo ayuda? ¡Estás loco!

Edgar se encolerizó. De un brinco se puso en pie.

—Sí. Gritaste pidiendo ayuda, ahí fuera en el pasillo, ayer por la noche, cuando él te cogió. «Suélteme, suélteme», gritabas. Tan fuerte, que yo lo oí desde la habitación.

—Mientes. Nunca he estado con el barón ahí fuera en el pasillo. Sólo me acompañé por las escaleras.

Edgar sintió que el corazón se le paraba al escuchar tan temeraria mentira. Se le ahogó la voz y la miró con las pupilas fijas, como si fueran de cristal.

—¿Que no estabas... en el pasillo? ¿Que él...? ¿Que él no te cogió? ¿Que no te abrazó a la fuerza?

La madre se rió. Con una risa fría, seca.

—Lo has soñado.

Aquello al niño le pareció demasiado. Ahora sabía que los adultos mentían, que recurrían a excusas mezquinas, descaradas, a mentiras que se escurrían por entre los hilos de la estrecha maraña. Y a ladinas ambigüedades. Pero aquella manera desvergonzada y fría de negar, cara a cara, le puso furioso.

—Y esta roncha, ¿también la he soñado?

—A saber con quién te has pegado. Pero no necesito discutir contigo. Tienes que obedecer, y punto. ¡Siéntate y escribe!

Se había quedado pálida y con sus últimas fuerzas trataba de mantenerse erguida.

Pero Edgar sintió que algo en su interior se derrumbaba, una última llama de credulidad. Que la verdad se pudiera pisotear de aquel modo, con el pie, como si fuera una cerilla ardiendo, eso no lo consentía. Helado se encogió en su interior, y todo lo que dijo era mordaz, malicioso, incontrolado.

—¿De modo que lo he soñado? ¿Lo del pasillo y lo de la roncha? Y lo de que ayer vosotros dos disteis un paseo a la luz de la luna y que él quiso llevarte por aquel otro camino, ¿eso también? ¡Que te crees que me dejo encerrar en este cuarto como si fuera un niño pequeño! No, no soy tan tonto como creéis. Sé lo que sé.

Arrogante, la miró a la cara, y aquello quebrantó sus fuerzas: ver el rostro de su propio hijo, justo delante de ella, deformado por el odio. Su ira estalló impetuosa.

—¡Continúa! ¡Escribe de inmediato! O si no...

—¿O si no...?

La voz del niño se había vuelto descarada, provocadora.

—O te azotaré como si fueras un niño pequeño.

Edgar avanzó un paso, con aire burlón, y se limitó a reírse.

Entonces ella le cruzó la cara. Edgar gritó. Y como un borracho, que sacude a su alrededor con ambas manos, zumbándole los oídos y con una veladura roja en los ojos, devolvió el golpe con los puños, sin mirar. Notó que daba en algo blando, después en la cara. Escuchó un grito...

Aquel grito le hizo volver en sí. De pronto se vio a sí mismo, y fue consciente de la monstruosidad que había cometido. Había pegado a su madre. Le embargaron el miedo, la vergüenza, el horror, un deseo impetuoso de huir de allí, de arrojarse al suelo, de estar lejos, de evitar aquella mirada. Se lanzó hacia la puerta y, corriendo, bajó las escaleras, atravesó el edificio y salió a la calle, con la intención de alejarse, muy lejos, como si le persiguiera una jauría furiosa.

PRIMER ATISBO

Más allá, en el camino, se detuvo. Tuvo que apoyarse en un árbol de tanto que le temblaban las piernas por el miedo y la excitación. Necesitaba tomar aliento, tenía el pecho acelerado. Tras él había corrido también el espanto que sentía por lo que acababa de hacer y ahora se le agarró a la garganta, sacudiéndole de un lado a otro como si tuviera fiebre. ¿Qué iba a hacer? ¿Adónde huiría? Pues ya allí, en mitad del bosque, a tan sólo un cuarto de hora de donde se hospedaba, le embargó una sensación de desamparo. Todo parecía diferente, más hostil, más odioso, por el mero hecho de estar solo y no tener a nadie que le ayudara. Los árboles, que aún ayer le habían rodeado fraternalmente, se aglomeraban de golpe con un aire sombrío, como una amenaza. ¡Y cuánto más extraño e ignoto resultaría todo aquello que aún le esperaba más allá! Encontrarse solo frente al mundo inmenso, inexplorado, le hizo marearse. No, no era capaz de soportarlo. No era capaz de aguantarlo solo. Pero, ¿a quién recurrir en su huida? Su padre le daba miedo. Era fácil de alterar, inaccesible, además de que le haría regresar de inmediato. Y él no quería volver. Prefería internarse en los extraños peligros de lo inexplorado. Le pareció que nunca más podría ver la cara de su madre, sin pensar que la había golpeado con el puño.

Entonces se acordó de su abuela, aquella mujer mayor, bondadosa y amable, que tanto le había mimado desde su niñez, que siempre le había protegido cuando en su casa le amenazaba un castigo, una injusticia. Se escondería en su casa de Badén, hasta que hubiera pasado el primer enojo. Allí escribiría una carta a sus padres y se disculparía. En aquel cuarto de hora se sentía ya tan abatido ante la mera idea de tener que enfrentarse al mundo con sus manos inexpertas, que renegó de su orgullo, de aquel orgullo estúpido que un hombre desconocido le había metido en la sangre recurriendo a una mentira. No deseaba otra cosa que volver a ser el niño de antes, obediente, resignado, sin aquella presunción que, ahora se daba cuenta, era ridícula, exagerada.

Pero, ¿cómo llegar a Badén? ¿Cómo cruzar el país para llegar hasta allí, a unas horas de distancia? A toda prisa sacó su pequeño portamonedas de cuero, que siempre llevaba consigo. Gracias a Dios, allí estaba, brillante, la moneda de oro, las veinte coronas que le habían regalado por su cumpleaños. No había sido capaz de deshacerse de ella, pero la había sacado casi cada día, para comprobar que seguía allí, regodeándose con su vista, sintiéndose rico, para después, con

agradecida ternura, limpiarla con su pañuelo de bolsillo, hasta que brillaba como un pequeño sol. Pero, ¿sería suficiente? Sólo la idea le hizo estremecerse. Había viajado en tren tantas veces a lo largo de su vida sin pensar siquiera que había que pagar para hacerlo, sin preguntarse siquiera cuánto podría costar, si una corona o cien. Por primera vez se dio cuenta de que había hechos de la vida en los que no había pensado jamás, que todas aquellas cosas que le rodeaban, que todas aquellas cosas que había tenido entre sus dedos y con las que había jugado, de alguna manera estaban llenas de su propio valor, que tenían un peso especial. Y que él, que hacía una hora se creía que lo sabía todo, había pasado por delante de miles de secretos y cuestiones sin prestarles ninguna atención. Se dio cuenta en aquel momento y le avergonzó que su pobre saber tropezara ya con el primer escalón que se encontraba en la vida. Cada vez más acobardado, con pasos cada vez más pequeños e inseguros, se dirigió hacia la estación. ¡Cuántas veces había soñado con escapar! ¡Cuántas había pensado lanzarse a la vida, ser emperador o rey, soldado o poeta! Y ahora contemplaba temeroso el pequeño edificio de color claro y pensaba tan sólo en si las veinte coronas bastarían para llevarle hasta la casa de su abuela. Los railes brillaban a lo lejos. La estación estaba vacía, abandonada. Tímidamente se deslizó ante la ventanilla y, susurrando, para que ninguna otra persona pudiera oírle, preguntó cuánto costaba un billete para Baden. Una cara de sorpresa asomó por el oscuro ventanuco. Dos ojos sonrieron tras unas gafas al acobardado niño.

—¿Un billete completo?

—Sí —balbució Edgar, aunque sin ningún orgullo, más bien con miedo a que costara demasiado.

—Seis coronas.

—¡Bien!

Aliviado, empujó aquella moneda reluciente, tan querida. El cambio tintineó, y Edgar volvió a sentirse de golpe indeciblemente rico, ahora que tenía en la mano el trozo de papel que le garantizaba la libertad y que en su monedero sonaba la música amortiguada de la plata.

Consultando el horario supo que el tren tenía que llegar en veinte minutos. Se acurrucó en un rincón. Unas cuantas personas esperaban en el andén, sin hacer nada, sin pensar. Pero a Edgar, alarmado, le pareció como si todo el mundo no le mirara más que a él, como si les sorprendiera ver a un niño como él viajando solo, como si llevara la huida y el delito clavados en la frente. Respiró hondo cuando por fin el tren silbó en la lejanía por vez primera y después se acercó zumbando. El tren que le llevaría por el mundo. Sólo al subirse reparó en que su billete era de tercera clase. Hasta ahora siempre había viajado en primera. Y de nuevo sintió que algo había cambiado, que había diferencias que se le habían escapado. Hasta ahora había tenido unos compañeros de viaje muy distintos. Unos cuantos trabajadores italianos, con manos encallecidas y voces roncadas, con

azadones y palas, iban sentados justo enfrente de él y miraban ante sí con mirada apática, desconsolada. Era evidente que habían trabajado duro por el camino, pues algunos estaban cansados y dormían en el traqueteante vagón, apoyados en la madera dura y sucia, con la boca abierta. Edgar pensó que habían estado trabajando para ganar dinero. No era capaz de imaginar cuánto. En cualquier caso, de nuevo se dio cuenta de que el dinero era algo que uno no siempre tenía, algo que de alguna manera había que conseguir. Por primera vez fue consciente de que estaba acostumbrado a que a su alrededor reinara una atmósfera de bienestar y de que tanto a la derecha como a la izquierda de su vida había profundos abismos que se abrían a la oscuridad, abismos que su vista jamás había rozado. De golpe se percató de que había oficios y destinos, de que en torno a su vida había un cúmulo de misterios, al alcance y sin embargo ignorados. Edgar había aprendido mucho en aquella única hora que llevaba solo, había empezado a ver muchas cosas en aquel estrecho compartimento cuyas ventanillas se abrían al campo. Y lentamente, de su oscuro miedo empezó a brotar algo que todavía no era felicidad, pero sí un asombro ante la diversidad de la vida. Se había escapado por miedo y por cobardía, eso lo sentía cada segundo que pasaba, pero por primera vez había actuado por su cuenta, había experimentado algo de la realidad que hasta entonces le había pasado inadvertido. Por primera vez él mismo se había convertido quizás en un misterio para su madre y su padre, tal y como hasta entonces el mundo lo había sido para él. Empezó a mirar por la ventana con otros ojos. Y le pareció como si viera la realidad por vez primera, como si el velo que cubría las cosas hubiera caído y como si todo ahora se le mostrara: el interior de sus intenciones, el nervio secreto de su actividad. Las casas pasaban volando, como llevadas por el viento, y se vio obligado a pensar en las personas que vivían dentro, en si serían ricas o pobres, felices o desdichadas, si sentirían el mismo anhelo que él por saberlo todo, y si tal vez habría niños allí que como él hasta entonces sólo habían jugado con las cosas. Por primera vez le pareció que los guardagujas, apostados por el camino con ondeantes banderolas, no eran, como hasta entonces, blandos peles y juguetes sin vida, objetos colocados allí por una casualidad indiferente, comprendió que aquél era su destino, su lucha por la vida. Las ruedas avanzaban cada vez más deprisa. Ahora los meandros hicieron que el tren bajara hacia el valle. Las montañas eran cada vez más bajas, se encontraban cada vez más lejos. Habían entrado ya en la llanura. Una vez más volvió la vista. Allí seguían, azules y sombrías, lejanas, inalcanzables. Y le pareció como si allí, donde las montañas se deshacían lentamente en el cielo brumoso, yaciera su propia niñez.

DESCONCERTANTE OSCURIDAD

Pero entonces en Badén, cuando el tren se detuvo y Edgar se encontró solo en el andén, donde ya habían encendido las farolas y las señales rojas y verdes resplandecían a lo lejos, a aquella vista multicolor se unió de pronto un repentino temor ante la noche que se avecinaba. Por el día se había sentido seguro, pues a su alrededor había gente, uno podía descansar, sentarse en un banco o mirar los escaparates de las tiendas. Pero, ¿cómo iba a resistirlo cuando todo el mundo volviera a perderse en su casa? Cada uno tendría una cama, una conversación y después una noche tranquila, mientras él se vería obligado a deambular con la sensación de su culpa en una extraña soledad. Tan sólo deseaba tener un techo sobre él, no quería quedarse ni un minuto más bajo aquel cielo despejado, desconocido. Eso era lo único que tenía claro.

Con prisa avanzó por el camino que tan bien conocía, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, hasta que llegó ante la villa en la que vivía su abuela. Estaba situada en una amplia avenida, aunque no muy a la vista, sino tras las enredaderas y la hiedra de un jardín bien resguardado. Un resplandor tras una nube de verdor, una casa de color blanco, ancestral, amistosa.

Edgar miró a través de la reja como si fuera un forastero. En el interior no se movía nada. Las ventanas estaban cerradas. Debían de encontrarse todos al otro lado del jardín, con alguna visita. Notaba ya el tacto frío del picaporte, cuando ocurrió algo extraño: de pronto aquello que desde hacía dos horas le parecía tan fácil, tan natural, le resultaba imposible. ¿Cómo iba a entrar? ¿Cómo saludar? ¿Cómo soportar todas aquellas preguntas? ¿Y cómo las iba a contestar? ¿Cómo resistir aquella primera mirada cuando tuviera que informar de que se había escapado en secreto dejando a su madre sola? ¿Y cómo explicar lo monstruoso de su acción, cuando ni él mismo la comprendía ya? Dentro se abrió ahora una puerta. De golpe le embargó un miedo insensato a que alguien pudiera salirle al encuentro, y echó a correr, sin saber hacia dónde.

Se detuvo delante del parque del balneario, porque vio que allí estaba oscuro y pensó que no habría nadie. Allí tal vez podría sentarse y al fin, al fin pensar con tranquilidad, descansar y tomar una decisión acerca de su destino. Entró tímidamente. En la parte de delante había un par de farolas encendidas, lo que daba a las hojas aún tiernas un fulgor de agua de un verde transparente. Pero más allá, después de descender por una colina, todo se hallaba como sumido en

una única masa negra, bullente, en las confusas tinieblas de una noche de primavera anticipada. Edgar, receloso, se escurrió por delante de unas cuantas personas, que sentadas bajo el foco de luz de las farolas charlaban o leían. Quería estar solo. Pero tampoco al fondo, en la oscuridad repleta de sombras de los caminos sin iluminar, encontró paz. Todo allí estaba repleto de ligeros murmullos y ruidos que huían de la luz, mezclados con la respiración del viento entre las ramas flexibles, el roce de pies que se alejaban, con cierto sonido de placer, entre suspiros y gemidos angustiados, que podían proceder tanto de seres humanos y de animales como del sueño intranquilo de la naturaleza. Era una agitación peligrosa, agazapada, oculta, de un misterio alarmante, la que allí respiraba, como un hogar oculto en el bosque, que tal vez estuviera relacionada con la primavera, pero que al niño desorientado le intimidó de una manera extraña.

Se acurrucó en un banco en medio de aquella oscuridad abismal y trató de pensar en lo que habría de contar en casa, pero sus pensamientos se apartaban, resbaladizos, antes de que él pudiera apresarlos. Contra su voluntad, se vio obligado a acechar aquellos sonidos ahogados, las voces místicas de la oscuridad. ¡Qué espantosa resultaba! ¡Qué desconcertante y, sin embargo, qué misteriosamente hermosa! ¿Eran animales o personas? ¿O era tan sólo la mano espectral del viento la que entretejía todos aquellos murmullos y crujidos, aquellos zumbidos y reclamos? Escuchó con atención. Era el viento que, bullicioso, se colaba entre los árboles. Pero también —ahora lo vio con claridad— personas, parejas entrelazadas, que venían desde allá abajo, desde la luminosa ciudad, y que con su enigmática presencia animaban la oscuridad. ¿Qué querían? No podía comprenderlo. No hablaban entre sí, porque no se oían voces, sólo pasos crujiendo inquietos en la grava, y aquí y allá en un claro vio sus siluetas destacándose como sombras, aunque siempre enredadas en una sola, tal y como había visto a su madre y al barón. De modo que aquel misterio, enorme, centelleante, funesto, estaba también allí. Ahora los pasos estaban cada vez más próximos, y oyó también una risa ahogada. Sintió miedo de que quienes se acercaban le encontraran allí, y se agazapó aún más. Pero aquellos dos, que ahora tanteaban el camino en la impenetrable oscuridad, no le vieron. Entrelazados, pasaron de largo. Edgar respiró aliviado, cuando de pronto ellos se detuvieron, justo delante de su banco. Juntaron sus rostros. Edgar no podía ver claramente, tan sólo escuchó un gemido que escapaba de los labios de la mujer. El hombre balbució palabras apasionadas, absurdas. Y un presentimiento impregnó su miedo con un escalofrío de placer. Se quedaron así durante un minutos, después la grava volvió a rechinar bajo sus pasos, que pronto se perdieron en la oscuridad.

Edgar se estremeció. La sangre volvió a correrle por las venas, más fogosa y más cálida que antes. Y de pronto se sintió insoportablemente solo en medio de

aquella confusa oscuridad. Sintió la imperiosa necesidad de escuchar alguna voz amiga, de sentir un abrazo, de encontrarse en un cuarto iluminado, entre personas a las que quería. Le pareció como si toda la desconcertante oscuridad de aquella confusa noche se hubiera hundido en él y le destrozara el pecho.

Se levantó de un salto. A casa, a casa. Quería estar en casa, donde fuera, en una habitación pobre, luminosa, en contacto con otras personas. ¿Qué podía pasarle? Que le pegaran y le regañaran ya no le daba miedo, desde el momento en que había sentido aquella oscuridad y el miedo a la soledad.

Eso le llevó a echar a andar, sin que él se diera cuenta, y de pronto se encontró otra vez ante la villa, con la mano apoyada de nuevo en el frío picaporte. Vio que ahora las ventanas estaban iluminadas y que brillaban en medio del verdor, imaginó detrás de cada resplandeciente cristal el espacio conocido que había detrás, y dentro a las personas. El mero hecho de estar cerca le hizo feliz. Aquella primera y tranquilizadora sensación de encontrarse cerca de las personas que sabía que le querían. Y si aún titubeó, fue sólo por disfrutar aún más de aquella sensación.

Entonces detrás de él gritó una voz, agudizada por el miedo:

—¡Edgar! ¡Está aquí!

La doncella de su abuela le había visto. Se abalanzó sobre él y le cogió de la mano. La puerta se abrió de golpe desde dentro. El perro saltó hacia él ladrando. Y de la casa salieron con velas. Escuchó voces de alegría y llamadas ansiosas, un amistoso tumulto de gritos y pasos que se acercaban, de figuras que ahora reconoció. Delante, su abuela con los brazos extendidos. Tras ella, y le pareció que soñaba, su madre. Con los ojos llenos de lágrimas, temblando, cohibido, se encontró en medio de aquel apasionado estallido de muestras de entusiasmo, sin saber qué hacer, ni qué decir, y sin aclararse sobre lo que sentía, si miedo o felicidad.

EL ÚLTIMO SUEÑO

Había ocurrido de la siguiente manera: le habían estado buscando mucho tiempo y esperándole. Su madre, asustada a pesar del enfado por la huida vertiginosa del niño, lo había hecho buscar por todo Semmering. Ya andaban todos terriblemente agitados y temiendo lo peor, cuando un hombre trajo la noticia de que había visto al niño en la taquilla de la estación a eso de las tres. Allí rápidamente averiguaron que Edgar había comprado un billete para Badén. Sin vacilar, su madre tomó el mismo camino, no sin antes enviar sendos telegramas a Badén y a Viena, avisando al padre y sembrando la conmoción. Desde hacía dos horas todos se habían movilizado para encontrar al fugitivo.

Ahora le retenían, aunque sin fuerza. Con una reprimida sensación de triunfo le llevaron dentro. Pero, ¡qué raro! No notó los duros reproches que le hicieron, porque en sus ojos veía alegría y cariño. E incluso aquella apariencia, aquel enojo disimulado duró sólo un instante. Después la abuela volvió a abrazarle, con lágrimas en los ojos. Nadie volvió a hablar de su culpa, y se sintió rodeado de una maravillosa solicitud. La doncella le quitó la ropa y le trajo otra más confortable. Entonces la abuela le preguntó si tenía hambre, si quería algo. Le preguntaban y atormentaban con cariñosa inquietud. Y cuando vieron que se sentía intimidado, dejaron de preguntar. Con placer experimentó de nuevo la sensación, despreciada por él y que sin embargo echaba de menos, de volver a ser un niño. Y le embargó la vergüenza por la arrogancia de los últimos días, por haber querido prescindir de todo aquello, cambiar todo aquello por el falso placer de una soledad propia.

Entonces sonó el teléfono. Oyó la voz de su madre. Oyó palabras sueltas: «Edgar... ha vuelto... el último tren». Y se asombró de que no le hubiera increpado furiosa, de que sólo le abrazara con una mirada extrañamente contenida. Sintió un arrepentimiento cada vez mayor. Le hubiera gustado escapar a los cuidados de su abuela y de su tía e ir hacia ella para pedirle perdón, con toda humildad, sólo para decirle que quería volver a ser niño y obedecer. Pero cuando se levantó sin hacer ruido, su abuela, ligeramente asustada, exclamó:

—¿Adónde vas?

Se detuvo avergonzado. Les daba miedo incluso el mero hecho de que se moviera. Los había atemorizado y ahora temían que otra vez quisiera escapar. ¿Cómo podrían comprender que nadie estaba más arrepentido por aquella fuga

que él mismo?

La mesa estaba puesta, y rápidamente le trajeron algo de cenar. La abuela se sentó con él y no le perdió de vista. Ella, la tía y la doncella le abarcaron en un círculo silencioso, y él se sintió tranquilizado con aquel calor. Sólo le inquietaba que su madre no entrara en la habitación. De haber sabido lo sumiso que estaba, seguro que habría venido.

Entonces se oyó el traqueteo de un carruaje, que se detuvo ante la casa. Los demás se asustaron tanto, que también Edgar se alarmó. La abuela salió. Se oyeron voces que se cruzaban de un lado a otro en la oscuridad, y de pronto supo que había llegado su padre. Asustado, se dio cuenta de que volvía a estar solo en el cuarto, y aquella soledad, aun siendo tan breve, le desasosegó. Su padre era severo. Era el único al que de verdad temía. Escuchó con atención. Su padre parecía excitado. Hablaba dando fuertes voces, parecía enfadado. Mezcladas con la suya, sonaban, tranquilizadoras, las voces de su abuela y de su madre. Por lo visto querían aplacarle. Pero la voz de su padre siguió siendo enérgica, como los pasos que ahora se aproximaban, cada vez más cerca, cada vez más, y que ya se oían en la habitación de al lado, delante de la puerta, que ahora se abrió de golpe.

Su padre era muy alto. Edgar se sintió indeciblemente pequeño cuando le vio entrar, nervioso y al parecer enojado de verdad.

—¿Cómo se te ha ocurrido escaparte? ¿Cómo puedes asustar de esa manera a tu madre?

Su voz sonaba colérica y sus manos se movían furiosamente. Con pasos silenciosos su madre se había apostado detrás de él. Su rostro quedaba en sombra.

Edgar no respondió. Tenía la sensación de que debía justificarse, pero, ¿cómo iba a contar que le habían engañado y pegado? ¿Lo entendería?

—Bien, ¿es que no puedes hablar? ¿Qué ocurrió? ¿Puedes decirlo tranquilamente! ¿Algo no te gustó? Cuando uno se escapa, tiene que tener un motivo. ¿Alguien te hizo daño?

Edgar vaciló. El recuerdo volvía a enfurecerle. Ya estaba a punto de acusar. Entonces vio, y su corazón se detuvo, que su madre hacía un movimiento extraño por detrás de la espalda de su padre. Un movimiento que al principio no comprendió. Pero ahora vio en sus ojos un ruego imperioso. Y que con cuidado, con mucho cuidado, levantaba un dedo que se llevó a los labios indicándole que guardara silencio.

En aquel momento el niño sintió que algo cálido, una dicha inmensa, desbocada, le recorría todo el cuerpo. Comprendió que le pedía que guardara el secreto, que en sus labios de niño tenía un destino. Y le embargó un orgullo salvaje, exultante, por el hecho de que ella confiara en él. Y súbitamente, la disposición al sacrificio, un deseo de aumentar aún más su culpa, para demostrar hasta qué punto ya era un hombre. Hizo un esfuerzo:

—No, no... No hubo ningún motivo. Mamá se portó muy bien conmigo, pero

fui un impertinente, me he portado muy mal... Y entonces... Entonces me escapé, porque tenía miedo.

Su padre le miró perplejo. Se había esperado todo, menos aquella confesión. Su cólera quedó desarmada.

—Bien, si te arrepientes, entonces de acuerdo. En ese caso no hablaremos más del asunto. Creo que la próxima vez lo pensarás. Que no vuelva a ocurrir algo así.

Se quedó allí de pie, mirándole. Y su voz ahora se volvió más suave:

—Qué pálido estás. Me parece que otra vez estás más alto. Espero que no vuelvas a hacer una chiquillada como ésta. Ya no eres un niño, podrías ser más juicioso.

Edgar miró únicamente a su madre. Le pareció como si algo brillara en sus ojos. ¿O era tan sólo el reflejo de la vela? No. Brillaban. Estaban húmedos, luminosos. Y ella tenía una sonrisa en torno a los labios, una sonrisa con la que le daba las gracias. En aquel momento le mandaron a la cama, aunque esta vez no le entristeció que le dejaran solo. Tenía tanto en qué pensar. Tantas cosas diferentes, nuevas. Todo el dolor de los últimos días desapareció con la fuerte emoción de la primera experiencia. Se sentía feliz presintiendo futuros y misteriosos acontecimientos. Afuera susurraban los árboles en la oscuridad de la noche, pero él ya no tenía miedo. Había perdido por completo la impaciencia frente a la vida, desde que supo lo rica que era. Le pareció como si aquel día la hubiera visto por primera vez desnuda, no oculta ya por las mil mentiras de la niñez, sino en toda su sensual y peligrosa belleza. Nunca había pensado que los días pudieran estar hasta tal punto colmados con la transición del dolor al placer, y se sintió feliz con la idea de que aún le quedaran muchos días como aquél, de que tenía toda una vida por delante para desvelar su secreto. Por primera vez había barruntado la enorme diversidad de la vida. Por primera vez creyó haber entendido la naturaleza humana, que las personas se necesitaban unas a otras, aun cuando les pareciera que eran enemigos, y que es muy dulce sentirse querido por los demás. Era incapaz de pensar en algo o en alguien con odio. No se arrepentía de nada. E incluso para el barón, el seductor, su más encarnizado enemigo, encontró un nuevo sentimiento, la gratitud, porque él le había abierto la puerta hacia aquel mundo de las primeras emociones.

Era muy dulce y halagüeño pensar en todo aquello en la oscuridad, confundiendo con las imágenes de los sueños. Ya casi se había dormido, cuando de pronto sintió que la puerta se abría y que alguien entraba sin hacer ruido. No estaba seguro. Se sentía demasiado atontado por el sueño como para abrir los ojos. Entonces notó sobre él un rostro delicado, cálido y suave, que rozaba el suyo, y supo que era su madre, que le besaba y le acariciaba el pelo. Notó los besos y las lágrimas, correspondió dulcemente a la caricia, que interpretó como una reconciliación, como un gesto de agradecimiento por su

silencio. Sólo después, muchos años después, reconoció en aquellas mudas lágrimas un voto de la mujer que envejecía, que desde aquel momento no quería pertenecer a nadie más que a él, a su hijo, una renuncia a la aventura, una despedida de todos los deseos propios. No supo que también le daba las gracias por haberla librado de una aventura estéril, y que con aquel abrazo le transmitía, como una herencia, la carga agrídulce del amor para su vida futura. Todo esto el niño de entonces no lo comprendió, pero sintió la dicha de ser tan amado, y que con aquel amor ya estaba inmerso en el gran misterio del mundo.

Cuando ella entonces apartó la mano, cuando sus labios se separaron de los suyos y la silenciosa figura salió de allí, su calor, su aliento aún permaneció sobre sus labios. E insinuante le embargó el anhelo de que unos labios tan delicados y tiernos le envolvieran a menudo, pero aquel presentimiento del misterio por el que tanto había suspirado ya estaba cubierto por las sombras del sueño. Una vez más las coloreadas imágenes de las últimas horas pasaron ante él. Una vez más, seductor, se abrió el libro de su juventud. Después el niño se durmió, y comenzó el sueño más profundo de su vida.



STEFAN ZWEIG, (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942) fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo XX, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo XX. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.